

LA IMAGEN GEOGRAFICA DE CORDOBA EN LA LITERATURA VIAJERA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX



Lección Inaugural del Curso Académico 1989-90

a cargo del Ilmo. Sr. Prof. Dr. Antonio López Ontiveros

Catedrático de Geografía Humana y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras

INTRODUCCION

Las razones por las que he escogido esta lección —"La imagen geográfica de Córdoba en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX"— para el solemne acto inaugural del curso 1989-90 son variadas y de diversa índole.

Desde un punto de vista científico porque la línea de investigación de las áreas de conocimiento de Geografía de mi Facultad de Filosofía y Letras, desde su inicio, se ocupan de la evolución urbana de Córdoba y publicaciones, algunas tesis de licenciatura y una excelente tesis doctoral constituyen logros concretos de esta orientación investigadora, de la que pretende ser una modesta aportación el tema por mí escogido. Por otra parte, llevo trabajando varios años con ese inagotable arsenal que son los relatos viajeros, y en concreto, en el análisis de cómo se ha gestado y después ha pervivido el mito que sobre Andalucía pusieron en circulación los viajeros románticos (1).

También muchos investigadores, de disciplinas muy distintas, coinciden en estos temas y manifiestan hoy un gran interés por ellos, como lo demuestran no sólo las muchas publicaciones en que se abordan sino también exposiciones, conferencias, seminarios de la Universidad Menéndez Pelayo, etc. Como sé que algunos compañeros de mi Facultad —historiadores generales, del Arte y de la Literatura— también participan de este interés creciente por la literatura de viajes, quiero con esta lección inaugural aportar un granito de arena a esa interdisciplinariedad tan cacareada pero tan poco ejercitada.

Y en esta misma línea ocurre que al ser los relatos de viajeros una fuente de información geográfica pero en general no escrita por geógrafos, ello me va a permi-

(1) LOPEZ ONTIVEROS, A.: "El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica". En GOMEZ MENDOZA, J.; ORTEGA CANTERO, N. y OTROS: *Viajeros y Paisajes*. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1988, pp. 31-65.

fácilmente obviar en mi lección tecnicismos y esa jerga oscura que tantas veces se utilizó como parapeto de ignorancia ante quienes no practican la misma especialidad. En suma, que quiero hacerme perfectamente comprensible por todos los que me escuchan, universitarios o no, porque además, estoy convencido de que sobre todo las ciencias culturales y sociales tienen que esforzarse en la divulgación de sus resultados. Un excelente viajero por España a principios de nuestro siglo, Chapman, expresó con nitidez esto, y yo lo comparto:

"¿Cuál es —dice— la verdadera finalidad de la ciencia?... ¿Se dirige la ciencia a todos o ha de ser considerada como meramente esotérica, esto es, como un mero juguete para que un puñado de profesores se divierta con ella? Mi propia concepción le atribuye un objeto superior: el iluminar en sentido popular, el de interesar e instruir a todo el mundo y no sólo el divertir a una infinitésima fracción de aquél" (2).

Por último, pretende ser mi lección un homenaje a la ciudad de Córdoba, cuya brillante singladura histórica no desmerece de la universidad que hoy acoge, ni de los objetivos científicos y de investigación que pueden trazarse muchas disciplinas que en ésta se practican. Su historia esplendorosa, el excelente arte que ella ha acunado, sus eximias creaciones literarias, su geografía urbana y la de su territorio, su realidad y potencialidades agrarias, su geología, su deseado desarrollo económico y social esperan estudiosos universitarios que los desvelen y fomenten. Casi me atrevo a pedir perdón porque en los siglos XVIII y XIX que yo he escogido como tema de estudio, Córdoba no presente mucho de ese esplendor de sus mejores épocas ni porque durante ellos haya incoado muchas de sus virtualidades, pero que al menos el análisis de su generalizada decadencia de entonces sirva de catarsis para su resurrección y despegue.

(2) CHAPMAN, A.: *The Borders and Beyond. Arctic... Cheviot... Tropic...* London, Gurney and Jackson, 1924, p. 461. Vid. también "Introducción de López Ontiveros a CHAPMAN, A. y BUCK, W.J.: *La España Inexplorada*. Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Patronato del Parque Nacional de Doñana, 1989, pp. XXXVII-XXXIX.

CORDOBA EN LOS VIAJEROS DEL SIGLO XVIII

La decadencia de la ciudad

El hecho fundamental, que casi unánimemente articula la descripción de Córdoba por los viajeros ilustrados es la constatación de su profunda decadencia. Sólo en dos casos hemos encontrado alguna duda, que no aseveración, en contra de esta interpretación. En efecto, un viajero anónimo que la visita en 1700 es el primero de los aludidos y dice sobre la ciudad:

"Su terreno es muy fértil. No es tan grande como Granada, pero está mucho mejor construída y con mejor aspecto. Muchas gentes de calidad tienen allí su residencia y es el sitio que proporciona los más hermosos caballos de España" (3).

La banalidad, no obstante, de estas afirmaciones y del viaje en conjunto, por lo demás conciso y sin valor, no le prestan demasiada credibilidad a la excepción.

Townsend, uno de los grandes viajeros del siglo XVIII, también transmite de Córdoba la imagen que sigue de "riqueza y belleza":

"Se asienta en una dilatada llanura cerrada al Sur por prominentes colinas cultivadas que constituyen una prolongación de Sierra Morena. Por medio del llano corre el Guadalquivir y toda la comarca se encuentra bien arbolada, recibe bastante agua y está bien cultivada, lo que le proporciona una riqueza y una belleza insuperables. Se trata de un lugar encantador en el que puede disfrutarse por primera vez desde que salí de Barcelona de la presencia de abundantes higueras, palmeras y naranjos" (4).

(3) M***: "Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras Partes". En GARCIA MERCADAL, J.: *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*. T. III, Siglo XVIII. Recopilación, traducción, prólogo y notas por..., Aguilar, 1962, p. 96.

(4) TOWNSEND, J.: *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-87)*. Traducción de Javier Portus. Madrid, Turner, 1988, p. 261.

Pero tampoco es muy creíble su impresión porque, como dice expresamente estuvo en Córdoba un día y "sólo me dio tiempo para visitar la catedral", y porque contradice esta imagen de prosperidad que transmite —aparte de otras contradicciones fehacientes de su relato— "la gran cantidad de pobres que se ven por las calles" (que atribuye no a la decadencia de la ciudad sino a "la dañina benevolencia del obispo, de los canónigos y de los conventos que acostumbran a repartir limosnas entre aquellos que se las piden") (5).

Por el contrario, como decimos, todos los demás viajeros, de una u otra forma, constatan la decadencia pavorosa de nuestra ciudad, que por extenso aborda Ponz en un texto, que aunque manoseado y reiteradamente plagiado, merece reproducirse:

"Esta ciudad, pues, docta, opulenta, y rica desde su primer cuna, como podemos colegir, se ve ahora sin aquella opulencia, despoblada, y pobre quanto puede serlo qualquiera otra que carezca de tantas ventajas como el Autor de la naturaleza ha derramado en su ameno territorio. No hay fábricas, ni otro género de industria. Los catorce mil vecinos que tenía en tiempo de Rodrigo Méndez de Silva, como él asegura en su Población de España, esto es, a mediados del siglo pasado, se han reducido a los ocho mil escasos que he dicho a V. ¿En dónde están las brillantes telas de seda que aquí se labraban en el tiempo referido, los finísimos paños que se texían, los curiosos guadamecés que se transportaban a otras partes? ¿Ni de qué sirven las minas de plata, y de otros metales en la inmediata sierra morena, quando la Ciudad está llena de gente pobre y sin ocupación?"

Este es un mal muy grande que irá a peor, si no se pone un pronto y rápido remedio, y sería lástima que con el tiempo viniese a reducirse la famosa Córdoba a un Villorrio desdichado... No debe sufrir tanta nobleza distinguida, como hay en Córdoba, los ricos mayorazgos, y Eclesiásticos que muy bien pueden coadyuvar con sus rentas que se diga y se publique en libros como lo hemos visto no hace mucho, ser su ciudad una de las más pobres, y atrasadas de España, a pesar de tantas excelencias con que la ha favorecido la naturaleza, sin más ingeniatura, que la de algunas bayetas que se labran ni otro tráfico que el enviar fuera acetyunas embarriladas" (6).

De este texto, no sólo pueden deducirse las principales manifestaciones de dicha decadencia —objetivas unas, subjetivas otras— según los viajeros del Setecientos sino también adentrarse en la estructura misma del viaje ilustrado.

Esta Ciudad docta, opulenta y rica desde su primer cuna

Prácticamente todos los viajeros coinciden con ello y pasajes importantes y luengos de sus relatos se dedican a recordar su esplendorosa historia —principalmente la romana y, sobre todo, la árabe—, a exaltar sus hombres ilustres, a describir

(5) TOWNSEND, J.: O. C., p. 262.

(6) PONZ, A.: *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. T. XVII. Trata de Andalucía. Madrid, Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1792, pp. 82-84. Y en el mismo sentido, p. 103.

la Mezquita como testimonio actual de aquel esplendor, a reseñar algunos —como también Ponz— que por este pasado Córdoba alberga hoy "nobleza distinguida, ricos mayorazgos, (muchos) Eclesiásticos". Aunque es así, conviene no obstante advertir que en el siglo XVIII este historicismo y sobre todo el pintoresquismo árabe sólo se pueden considerar incipientes, su esplendor y desmesura se alcanzarán en el siglo XIX con el ciclo viajero romántico.

A pesar de tantas excelencias con que la ha favorecido la naturaleza

Ellas son según los viajeros, y entre otras, las siguientes: clima "espléndido" y "hermoso" (7); que "el campo cercano a Córdoba es una de las zonas más fértiles en cereales y aceitunas pero de las más desoladas de España" (8) y en especial "la Campiña o tierra de pan llevar, terreno de los más gruesos y fértiles para granos de toda especie" (9); "las minas de plata, y de otros metales en la inmediata Sierra Morena" (10), y su caudaloso río respecto al que "se siente uno extrañado de que no hayan tratado de hacerlo navegable en toda esa parte de Andalucía" (11).

A este propósito, cual es la contradicción entre situación económica y oferta de la naturaleza, muchos viajeros del XVIII plantean más o menos abiertamente para el conjunto de Andalucía y, especialmente, de la hoy llamada Occidental el tema del subdesarrollo andaluz y de la infrautilización o mal aprovechamiento de la tierra, de los que el caso de Córdoba sólo sería un ejemplo. Véamos algunos textos inequívocos sobre ello.

Peyron, preocupado por los temas agrarios dice:

(7) BARON DE BOURGOING (1777-1795), en GARCIA MERCADAL, J.: O.C., p. 1031, y LANTIER, E.F.: "Viaje a España del Caballero San Gervasio, oficial francés, y los diversos acontecimientos de su viaje". En GARCIA MERCADAL, J.: O. C., pp. 1276 y 1278, donde respectivamente dice:

"¡Qué lástima que un clima tan hermoso, una tierra tan fértil, esté tan desprovista de habitantes, en tanto que los hombres estén amontonados sobre los hielos de San Petersburgo y bajo las nieblas de Holanda!"

[...]

"El tiempo era bueno, el cielo sereno y los campos estaban cubiertos de verdor y de flores... Me parece que estoy en el Paraíso Terrenal. Verdad es que no veo el árbol de la ciencia. Ahora en Londres, nieva, llueve; se envuelven en sus pieles y soplan en sus dedos...; el año no tiene aquí más que dos estaciones; una larga primavera y un verano. Si lo que dice nuestro Bacon es verdadero, que la inconstancia del clima, la transición brusca de una temperatura a otra, son las causas principales de la destrucción rápida del hombre, los habitantes de la Bética deben gozar de una salud firme y durable".

(8) BARON DE BOURGOING.: O. C., p. 1032.

(9) PONZ, A.: O. C., p. 84.

(10) PONZ, A.: O. C., p. 82.

(11) PEYRON, J.F.: "Nuevo viaje en España hecho en 1772 y 1773". En GARCIA MERCADAL, J.: O. C., p. 815, y en el mismo sentido PONZ, A.: O. C., p. 103.

"Andalucía es la provincia más grande de España, la más fértil, la más rica en granos, en minas, en ganados; produce una excelente raza de caballos; encierra una multitud de ciudades famosas...; está cubierta de una multitud de pueblos y aldeas; pero esa soberbia provincia tiene partes inmensas que están de barbecho. Es una de aquellas que más han sufrido con los edictos fulminantes contra los moros, de suerte que carece de brazos para el cultivo; por otra parte, la cantidad de puertos que encierra es también un obstáculo para la población, por la gran facilidad que dan a las emigraciones, a los proyectos de comercio y de fortuna, que casi siempre están calculados a costa de la agricultura" (12).

Conviniendo también a la Andalucía Occidental como causa de su problema agrario, y coincidiendo plenamente con la etiología de los grandes agraristas andaluces del siglo XIX y XX

"... no tanto la falta de población como el demasiado alejamiento que existe de un poblado o de un pueblo al otro. Pocos viajeros, al atravesar ese reino, habrán dejado de observar que apenas si hay en él más que las tierras que distan una legua, más o menos, de las ciudades y los pueblos, que están cultivadas y no es posible que se roture más adelante; porque algunas veces se recorren las cuatro, cinco o seis leguas sin encontrar habitación. Lo del intervalo parece una tierra sagrada que el arado y el almocafre profanarían; y algunos pueblos se toman miserables, porque son demasiados grandes y demasiado poblados" (13).

Aspectos estos de la infrautilización de la tierra y el de su riqueza potencial, que atribuye a otra causa un anónimo viajero de 1765:

"Andalucía, que para él es la Baja frente a la provincia de Granada, —dice— podría producir todos los frutos de la naturaleza, pero la pereza de los habitantes limita las producciones a lanas, vinos, aceites, naranjas y limones y muy buenos caballos".

Prosiguiendo en el mismo tenor "que Andalucía es vergüenza nacional", "que la pereza española la mantiene en un infortunio que da pena a los viajeros, etc." (14).

Y, a nuestra Campiña, aunque también a buena parte de la Depresión Bética, le conviene muy adecuadamente cuanto los ilustrados obsesivamente preconizaron sobre la necesidad de repoblación forestal, en especial de riberas fluviales y zonas húmedas, por razones climáticas —aumento de la pluviosidad—, económicas —producción de frutos y leñas—, hidráulicas —evitación del agotamiento de fuentes y veneros— e incluso estéticas —razón por la que la Campiña cordobesa es terreno fértil pero feísimo por falta de árboles o de desnudez absoluta aunque no estéril— (15).

(12) PEYRON, J.F.: O.C., p. 815.

(13) PEYRON, J.F.: O.C., p. 917.

(14) ANONIMO: "Estado político, histórico y moral del Reino de España (1765)". En GARCIA MERCADAL, J.: O.C., p. 526.

(15) PONZ, A.: O.C., pp. 77-8 y 84; BARON DE BOURGOING: O.C., p. 1031 y PEYRON, J.F.: O.C., p. 918.

En conclusión, pues, el contraste entre la decadencia de Córdoba en el siglo XVIII y la generosa oferta que en recursos y virtualidades le ha hecho la naturaleza hay que encuadrarla en una contraposición similar que afecta también a Andalucía. Y ello a su vez es prueba inequívoca —en contra de lo que a veces se afirma— de que el subdesarrollo andaluz no es sólo del siglo XIX, está ya presente en el discurso viajero ilustrado, que considera a la Bética de antaño como

"...un mágico país en el que reinaban la felicidad y la abundancia, ... lo que podría serlo aún, pero que con su hermoso cielo y sus valiosas producciones hoy sólo inspira nostalgia" (16).

El retroceso demográfico

La principal manifestación de la decadencia cordobesa, como está claro en el texto de Ponz, es la pérdida reciente de población de la ciudad y su escaso contingente actual. En el que por cierto las cifras dadas por los viajeros son muy incoherentes: Ponz con poca precisión entre 8.000 vecinos escasos y menos de 10.000 o 35.000 almas, cifra con la que coincide Bourgoing; Laborde en su *Itinéraire* 30.000 habitantes que su traductor hace descender a 20.000; Peyron 15.000 y Townsend 32.000 (17). No hay forma, por lo demás, de casar estas cifras según la sucesión cronológica de las fechas en que las dan los distintos autores. No obstante, la falta de coincidencia también es norma en los datos ofrecidos por otras fuentes, pues

"... varios autores coincidentemente atribuyen a la Córdoba de finales de este siglo poco más de 8.000 vecinos en contraste con otros que dan cifras de 11.000-12.000 vecinos o 41.000 habitantes en el período 1749-1795" (18).

Pero una cosa sí está clara: la pérdida demográfica importante de Córdoba, que tendría en el siglo XVIII la misma población que a mediados del siglo XVI y que sería una típica demografía catastrófica de ciclo antiguo.

No hay fábricas, ni otro género de industria

Causa y consecuencia de la decadencia cordobesa es la postración industrial, de forma que según el texto de Ponz la ciudad está "sin más ingeniatura, que la de al-

(16) BARON DE BOURGOING: O.C., p. 1031.

(17) PONZ, A.: O.C., pp. 82 y 45; BARON DE BOURGOING: O.C., p. 1031. PEYRON, J.F.: O.C., p. 814; TOWNSEND, J.: O.C., p. 261; LABORDE, A.: *Itinéraire descriptif de l'Espagne et tableau élémentaire des différents branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*. T. II. Paris, H. Nicolle et Lenormant, 1808, p. 28, e *Itinéraire descriptif de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo*. Traducción libre del que publicó en francés Mr. Alexandro Laborde en 1809. Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompí, 1816, p. 413. Laborde por el carácter temprano de su relato dentro del siglo XIX y por la estructura y características del mismo lo consideramos como "viajero ilustrado".

(18) Vid. LOPEZ ONTIVEROS, A.: *Evolución urbana de Córdoba y de los pueblos campiñeses*. Córdoba, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, 2ª ed., 1981, pp. 116-117.

gunas bayetas ni otro tráfico que el de enviar fuera aceitunas embarriladas". Y, en efecto, con frecuencia la literatura viajera en sus incursiones históricas se hace eco de la tradición industrial romana, árabe y moderna (siglos XVI, XVII) especialmente en guadamecés y cordobanes, platería y sedas, pero en el momento poco pueden añadir estos viajeros al panorama desolador de Ponz: fabricación de cintas, galones para sombreros (que algún viajero prolonga a los sombreros mismos), bayetas y sólo según Laborde

"... un gran número de orfebres trabajan sin orden en diversas obras de oro y plata que transportan a las ferias; sus talleres son ricos, pero la mayor parte de estas obras son toscas, sin delicadeza y sin elegancia".

Aunque este juicio sobre la calidad lo modifica de raíz el traductor del autor afirmando que

"...las platerías sostienen en el día su crédito y sus obras son estimadas por su delicadeza, a la que pocas naciones pueden llegar" (19).

Parecer, pues, cierto lo que ya sabíamos por distintas fuentes: decadencia industrial definitiva después del esplendor del textil en los siglos XVI y XVII (20), por tanto, población activa formada por

"...diferentes hacendados y mayorazgos con muchas tierras y haciendas... Los menestrales necesarios al número de sus pobladores. Pocos comerciantes, muchos jornaleros y peones. Mercaderes y varios labradores" (21).

A ella hay que unir muchos "pobres limosneros" a los que aluden Ponz, Townsend, Lantier, etc. Este último dice que "una multitud de mendigos que viven de limosnas y de pereza" los asediaban en los numerosos "claustros e iglesias" de la ciudad, y como expresión del orgullo de aquéllos transcribe la respuesta de uno al que socorrieron y al que osaron preguntar por qué no trabajaba: "Recobre su dinero; yo pido dinero, no consejos" (22).

(19) BARON DE BOURGOING: O.C., p. 1032; MAYOR W. DALRYMPLE: "Viaje a España y a Portugal". En GARCIA MERCADAL, J.: O.C., p. 654; LABORDE, A.: *Itinéraire...*, p. 35 e *Itinerario...*, p. 414.

(20) FORTEA PEREZ, J.L.: *Córdoba en el siglo XVI. Las bases demográficas y económicas de una expansión urbana*. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1981, 479 pp. y "La industria textil en el contexto general de la economía cordobesa entre fines del siglo XVII y principios del XVIII: una reactivación fallida". *Actas II Coloquio Historia de Andalucía*. Córdoba, Noviembre 1980. *Andalucía Moderna*. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1983, T. I, pp. 443-465.

(21) Nieto Cumplido en CASTEJON MONTIJO, R. y OTROS: *Historia del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba 1864-1978*. Córdoba, Imprenta San Pablo, 1979, p. 55.

(22) LANTIER, E.F.: O.C., pp. 1276 y 1284.

Las implicaciones urbanas de la decadencia de Córdoba

Pero evidentemente la decadencia de Córdoba no sólo tiene consecuencias y manifestaciones sobre la estructura de su población activa sino sobre la estructura espacial y urbana, siendo algunas de éstas muy importantes para comprender geográficamente la ciudad de entonces.

En primer lugar a causa de ella Córdoba presenta a los viajeros "un aspecto insignificante" (23), y una "panorámica en general poco satisfactoria". Así es como la percibe Laborde:

"Abandonando las últimas estribaciones de Sierra Morena, cubiertas de naranjos y mandarinas, cuyo perfume embarga la atmósfera, se llega a los arrabales de Córdoba. El aspecto descuidado de las primeras casas contrasta desagradablemente con las vistas excelentes, aunque agrestes, de la montaña... El conjunto que ofrece esta panorámica es en general poco satisfactorio: un vasto conjunto amurallado flanqueado de torres de construcción romana y árabe, lleno de jardines en mal estado y de casas semirruinosas es, con la excepción de un monumento, todo lo que esta ciudad ofrece a la vista del viajero; pero este monumento, él solo, basta para conferir a la antigua capital del imperio musulmán un aire de grandeza, que recuerda el rango distinguido que ella ocupó entre las ciudades de Europa" (24).

Ya dentro de la ciudad, en la Córdoba intramuros, varios viajeros resaltan que es "vastísimo su recinto" (25), que

"...su recinto es muy grande..., aunque jardines y huertas ocupan gran parte de aquél. Sus arrabales, de inmensa extensión son bellos y pueden reputarse como otras tantas poblaciones, mayormente el que está al este, que es el más vasto" (26).

O sea, que su escasa población no puede ocupar todo el recinto amurallado, junto con el de Sevilla los más extensos de España, especialmente la Axerqufa, como también se ve en el mapa de Karvisnky de 1811, lo que permitiría que posteriormente, hasta bien entrado el siglo XX, Córdoba, pese al incremento demográfico, no se expandiese significativamente extramuros.

Este recinto está delimitado por murallas, aún subsistentes en buena medida —su destrucción precipitada y caótica se producirá mayoritariamente en el siglo

(23) BARON DE BOURGOING: O.C., p. 1031.

(24) LABORDE, A.: *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*. T. II. Paris, L'Imprimerie de P. Didot l'Ainé, 1812, p. 6.

(25) PEYRON, J.F.: O.C., p. 812.

(26) LABORDE, A.: *Itineraire...*, p. 27, y en el mismo sentido, LANTIER, E.F.: O.C., p. 1276.

XIX— como reseña Ponz:

"Las murallas y torreones cuadrados, coronados de almenas que cercan la Ciudad, dan bastante idea, en su razonable conservación, de quan fuerte sería antiguamente. Es de creer que las construyesen los Arabes, o a lo menos gran parte de ellas, sobre lo que tenían hecho los Romanos, de lo qual quedan bastantes rastros" (27).

En todos estos extremos esencialmente coinciden otros viajeros: Dalrymple, Swinburne, Laborde (28).

Casi todos los autores, por otra parte, valoran negativamente el trazado callejero y la situación en que se encuentran las calles, aspectos que conviene probar por la importancia que tienen para comprender el ideal urbanístico de los ilustrados. Así para Swinburne "las calles tienen arroyos y son sucias". Y para Ponz, lo mismo que para Laborde:

"...son estrechas por lo general y mal empedradas, que a buen seguro no serían así en tiempo de los romanos" (29).

Pero, quizás, sea Moratín, con su acerado verbo, el que al respecto transmita un juicio más negativo sobre el urbanismo cordobés:

"La ciudad es vieja, fea, con algunas cuevas, calles torcidas y estrechas, exceptuando una u otra..."

[...]

"La policía de Córdoba no merece grandes alabanzas: no hay alumbrado público; el empedrado es detestable, y el Corregidor actual no quiere que las calles se barran, porque, según me dijeron, dice que el barrido descarna las piedras: por consecuencia, la plaza, las calles y sitios públicos parecen letrinas y muladares" (30).

Dos observaciones a estos textos creo que pueden ayudar a su valoración y significado. El viajero ilustrado no siente atracción alguna por el trazado viario musulmán, laberíntico y aparentemente caótico, tan incompatible con el geometrismo y grandiosidad del urbanismo dieciochesco, y por su ideal de salubridad e higienismo,

(27) PONZ, A.: O.C., p. 70.

(28) MAYOR DALRYMPLE: O.C., p. 651, SWINBURNE, H.: *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776. In which several monuments of roman and moorish architecture are illustrated by accurate drawings taken on the spot.* London, P. Elwslly, 1779, p. 277 y LABORDE, A.: en textos ya citados.

(29) PONZ, A. y SWINBURNE, H.: l.c.

(30) FERNANDEZ DE MORATIN, L.: *Obras Póstumas.* Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Ribadeneyra, 1857, pp. 16 y 18.

sinónimos para él de progreso, no puede asimilar la falta de "policía" y carencia de infraestructuras, propia de una ciudad decadente como era Córdoba. Muy de acuerdo también con esta doble vertiente de su crítica no debe extrañar que se deshaga en alabanzas a la Corredera, que rompe con los cánones del urbanismo musulmán y que casa más con su ideal geométrico y uniforme del espacio urbano. Por ello, pues, es la Corredera:

"...una buena plaza, que forma un cuadrilongo, espaciosa, con pórticos al rededor (sic): los edificios, exceptuando una pequeña parte, todos uniformes" (31).

Respecto al caserío, Córdoba, congruentemente con todo lo dicho, no debía escapar a su esencial decadencia por lo que presenta

"...un mal caserío en general: quedan todavía algunas portadas antiguas, de regular arquitectura, como lo es la de la Iglesia de San Agustín, la de San Pedro, y alguna otra de las casas particulares, aunque en muy corto número" (32).

Pero parece que este juicio tan negativo de Moratín no puede generalizarse y quizás tenga sólo alguna validez con relación al aspecto exterior de las casas porque Ponz matiza al respecto de la siguiente forma:

"El caserío es mejor por dentro que exteriormente. Las casas por lo común tienen sus patios, con pórticos de columnas de mármol, y en ellas jardines de flores, naranjos y otros árboles, y sus fuentejillas de agua perenne. Las habitaciones cómodas, espaciosas y muy aseadas, con sus resguardos para el estío" (33).

Estructura y juicios en los que coincide Dalrymple, aunque la "evitación del sol y luz en las habitaciones, le resulta bastante incómoda a un inglés", y Laborde que insiste laudatoriamente en el carácter ajardinado de muchas casas (34).

Concluyendo, pues, sobre este importante extremo de la imagen urbana de Córdoba parece que el caserío de la ciudad no escapaba a la decadencia, pero que no es admisible la tajante afirmación de que es "malo en general", porque no faltaban casas unifamiliares agradables y amplias, ajardinadas o con bellos patios, aunque de fachadas modestas, y que ellas, como se generalizará posteriormente, constituyen un motivo de atracción para el visitante.

(31) FERNANDEZ DE MORATIN, L.: O.C., p. 18. Y en el mismo sentido LANTIER, E.F.: O.C., p. 1275 y PEYRON J.F.: O.C., p. 814.

(32) FERNANDEZ DE MORATIN, L.: O.C., p. 16.

(33) PONZ, A.: O.C., p. 70.

(34) MAYOR DALRYMPLE: O.C., p. 651 y LABORDE, A.: *Itineraire...*, p. 29.

Aunque al geógrafo le interese más la imagen de la ciudad que se desprende de los elementos más normales que constituyen aquella —conjunto del espacio urbano, callejero y caserío—, no deja de tener también interés la que se trasluce de su patrimonio artístico y, especialmente, arquitectónico, porque con frecuencia, como es el caso de Córdoba, alguno o algunos de sus edificios constituyen los "hitos" más representativos de su imagen. Y a este respecto está fuera de toda duda el mérito y exaltación laudatoria que todos los viajeros ilustrados confieren a la Mezquita, aunque sin la desmesura y arrobamiento que en la descripción practicarán los románticos del siglo XIX, cuando el orientalismo y exotismo se convirtieron en ingrediente fundamental de sus relatos.

El resto del patrimonio artístico cordobés es desigualmente abordado y valorado por los distintos viajeros del Setecientos. Así Ponz, bastante asépticamente lo sintetiza:

"Tiene Córdoba —dice— a más de la Catedral, y una Colegiata, quince parroquias, veinte Conventos de Frayles, y otros tantos de Monjas, Hospicios de varias Religiones, casa de Huérfanas, y de Recogidas, con otras de Caridad, y más de veinte Hospitales. ¿Qué tal? Pues sepa V. que con tanta obra pía, todavía Córdoba es pueblo de muchos mendigos, que no debía haberlos en una ciudad como ésta, y con tantas obras pías. Hay también dos Colegios para la educación de la juventud, otro recién construido para niñas nobles, y un Oratorio de S. Felipe Neri" (35).

Y procede a continuación a la caracterización artística objetiva de los principales edificios de estas instituciones, principalmente de las iglesias.

En el extremo opuesto Moratín ofrece unas observaciones, nada sistemáticas y claramente valorativas —y despreciativas— sobre este patrimonio artístico:

"El Alcázar de los Abdallas y Abderramenes (sic) lo ocupa ahora el Santo Oficio... Yo no sé decir lo que hay allí de extraordinario, ni qué efecto debe producir una huerta mal cuidada en el ánimo de quien la ve; sólo diré que quien al entrar en ésta y recorriendo la historia de otros siglos, no sienta una deliciosa melancolía que le suspenda y enajene, carece de imaginación sin duda".

[...]

"Ni las caballerizas del Rey, donde hay hermosos caballos, y es una de las casas curiosas de esta ciudad. Pero creo que cuando el fiero Almanzor talaba los campos de Castilla... estarían en mejor estado las caballerizas de Córdoba".

[...]

"De lo moderno merece verse la Iglesia de Santa Victoria, con una buena portada corintia...".

[...]

"Si Roma fue célebre por sus triunfos, Córdoba no lo es ciertamente por los suyos. Así se llaman a ciertos armatostes de mármoles, llenos de hojarasca y garrabainas, que a cada paso se hallan por las plazas y sitios públicos, dedicados a San Rafael, cuya imagen dorada corona la punta de estos extravagantes monumentos..."

[...]

"Lo más singular que hay en Córdoba es su célebre catedral, antigua mezquita de los moros... si se conservase como los moros la hicieron, sería un monumento el más precioso de la nación; y aún así como está, es sin disputa el único que hay en Europa por este género..."

[...]

"La falta de artes contribuye también a que los sentidos padezcan: difícilmente se halla en los edificios públicos o particulares, sagrados o profanos, un altar, una puerta, una fachada, que no sea un despropósito: de las iglesias podrían sacarse carros de leña dorada para calentarse un ejército; y quedaría mejor, si las dejaran desnudas de ornatos, tan ridículos. ¡Cuántos mármoles hay allí perdidos! ¡Cuánto dinero gastado inútilmente!" (36).

De estas exageradas y, creo que injustas, opiniones de Moratín, aunque tan expresivas del gusto neoclásico de la época, participan en buena medida el resto de los viajeros de este siglo, aunque casi nunca lo hacen tan por extenso y tan caústicamente, quizás porque en sus paseos turísticos se alejaron poco de la Mezquita, lo que explica también que junto a ésta aludan casi siempre al Alcázar, ocupado por la Inquisición y a las Caballerizas Reales y poco más (37).

En otro orden de cosas, ínfima, por no decir inexistente, debería ser la expansión urbana extramuros de Córdoba, ya que las noticias sobre ella casi no existen, salvo en el caso del meticuloso Ponz. Y, sobre todo, si se tiene la cautela de inferir que lo que frecuentemente denominan "arrabales", extensos según algunos de ellos, no son sino los barrios de la Axerquía. Según toda la información aportada, extramuros de la ciudad o en sus inmediatos alrededores se encontraban:

— Una serie de edificios religiosos, que eran la iglesia de los Mártires en la ribera del Guadalquivir

"...por señas que así el Convento, como toda aquella barriada hasta el puente están expuestas a ruina con las inundaciones del río que va lamiendo la ciudad por aquel lado. Hay expediente para precaver este mal por medio de malecon, o escollera, o de otra forma; y así es menester no dormirse en poner un remedio u otro",

(36) FERNANDEZ DE MORATIN, L.: O.C., pp. 15-16 y 18.

(37) BARON DE BOURGOING: O.C., p. 1032; MAYOR DALRYMPLE: O.C., pp. 652-653, donde habla de iglesias magníficas pero sin gusto; LABORDE, A.: *Itinerario...*, pp. 29 y ss. que dice que se encuentran en Córdoba pocos edificios que merezcan una atención particular.

el Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta, el Convento de Carmelitas Calzados frente a Puerta Nueva, el Convento de San Juan de Dios en aquellas inmediaciones, el Convento de Trinitarios Descalzos, junto a la Puerta de Plasencia, San Cayetano, cerca de aquél, el Convento de Capuchinos "que cae por este lado de la ciudad", San Diego de Arrizafa, convento de PP. Franciscanos Recoletos, a media legua de Córdoba, San Gerónimo de Valparaíso a mayor distancia (38).

— Varios viajeros inciden, describen con cierta minuciosidad y exaltan la Casa de Campo o Alameda del Obispo por el carácter de finca experimental que tiene, por su amenidad y belleza, por la exuberante repoblación forestal a que ha sido sometida (39).

— En la década de los setenta, según Swinburne y Peyron se está empezando a celebrar las corridas de toros fuera de la ciudad, aunque prosiguen en la Corredera, pues el segundo dice que en ésta

"...es donde se celebran las corridas de toros los días de ceremonia; pero para diversión de la nobleza y del pueblo se hacen todos los domingos en una plaza construida de madera cerca de una de las puertas de la ciudad" (40).

Swinburne afirma que el Corregidor organiza pequeños espectáculos taurinos los domingos y festivos con cuyos beneficios obtiene

"...una suma suficiente para acondicionar el nuevo paseo que está construyendo junto a las murallas".

Este paseo, probablemente el inicio del de la Victoria, está ya parcialmente funcionando a finales de siglo, y quizás sea el que reseña Moratín:

"Hay un buen paseo, donde se junta los domingos razonable número de gente a pié y bastante coches; los días de trabajo solo..." (41).

Pero, como fácilmente puede inferirse de los datos precedentes, aunque ellos sean incompletos, no existía expansión urbana extramuros, reduciéndose la periferia principalmente a edificios religiosos ya existentes, bien a continuación de las edificaciones intramuros, bien a conventos dispersos y lejanos. No podía ser de otro modo en

(38) PONZ, A.: O.C., pp. 45, 71 y ss.

(39) LABORDE, A.: *Itinéraire*..., p. 37; PONZ, A.: O.C., p. 76; MAYOR W. DALRYMPLE: O.C., p. 652.

(40) SWINBURNE, H.: O.C., pp. 277-278 y PEYRON, J.F.: O.C., p. 814.

(41) FERNANDEZ DE MORATIN, L.: O.C., p. 18.

una ciudad decadente y de escasa población que fácilmente podía asentarse en un recinto extenso y no macizado.

Por último, es interesante destacar que muchos viajeros resaltan los excelentes y deliciosos alrededores de Sierra Morena —el Brillante que diríamos hoy—. He aquí como nos sintetiza Laborde este espacio periurbano:

"Córdoba está situada agradablemente al pie de altas montañas, a la entrada de una vasta llanura, sobre la ribera septentrional del Guadalquivir, que discurre a lo largo de sus murallas, y ciñéndola en forma de media luna. La llanura se prolonga a lo lejos, al sur de este río; al norte las montañas, que son estribaciones de Sierra Morena, terminan en sus arrabales; están estas sierras disectadas por gran número de agradables valles, irrigados por muchas fuentes, están llenas de jardines, viñedos, olivares y árboles frutales, sobre todo naranjos y limones, tan abundantes éstos que sus flores perfuman el ambiente, y las naranjas y limones apilados hay que venderlos a bajo precio en los mercados; incluso se les dispersa en los campos donde se convierten en abono" (42).

Conclusiones sobre la imagen urbana de Córdoba en el siglo XVIII

Como decíamos al principio esta imagen de Córdoba creemos que la articulan los viajeros ilustrados en torno a la idea central de su decadencia que explica su escasa población, su atonía industrial y aspectos importantes de su geografía urbana: ciudad reclusa en su recinto amurallado sin conato alguno de expansión extramuros, escaso macizamiento de este espacio urbano, carencia de infraestructuras, deficiente "policía" urbana, etc.

Esta decadencia en la imagen ilustrada contrasta con sus posibilidades de desarrollo, sobre todo, agrario, contradicción que hay que comprender en el contexto más amplio del subdesarrollo andaluz, que es una categoría explicativa de Andalucía, que se inicia ya en el siglo XVIII.

Pero dos sombras de esta imagen decadente se oscurecen más aún con juicios que poco tienen de objetivos: el desprecio de un urbanismo de origen musulmán que no encaja con los cánones de este siglo y el rechazo de un arte, que es el que predomina en la ciudad, que tampoco es del gusto de estos viajeros.

Aunque, según se desprende de lo dicho, el viajero ilustrado articule unos relatos con particularidades genuinas, sin embargo, conviene advertir, que no es total la cesura con lo que encontramos en el siglo XIX, como tendremos ocasión de probar a continuación.

CORDOBA SEGUN LOS VIAJEROS DEL SIGLO XIX

Virtualidad geográfica del relato viajero romántico

A causa del "objetivo utilitario del viaje ilustrado" (43) es difícil encontrarse alguno de este ciclo que no sea aprovechable geográficamente. Y así en efecto nos ha ocurrido a nosotros al utilizarlos para la geografía urbana de Córdoba. Su limitación suele provenir de la precipitación con que el viajero realiza sus estancias, y en estos casos de la frecuencia criticable con que recurre a guías o a otros viajeros para orillar su ignorancia. Esto es precisamente lo que Ponz critica a los viajeros extranjeros de su siglo (44). Pero insistimos en que, en general, el viaje ilustrado en sí es consustancialmente geográfico.

Pero esto último no se piensa siempre del viaje romántico al que en principio se considera deleznable geográficamente porque la fantasía y la invención ahogan el realismo y la verdad objetiva. No obstante, la época romántica ha desarrollado más

(43) GOMEZ DE LA SERNA, G.: En los *Viajeros de la Ilustración*. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1974, p. 13, resume así este objetivo: "He aquí, dice, las más importantes fórmulas arbitradas para cubrir el objetivo utilitario del viaje ilustrado: 1º observar atentamente la realidad; 2º ejercitar frente a ella el arte de pensar; 3º desprenderse ante ella del prejuicio que el viajero lleva consigo, procedente de su mundo originario, es decir, observar y pensar con objetividad, y 4º dirigir la atención a lo verdaderamente útil y no a lo que llama el mero pasatiempo, la frivolidad o el placer".

(44) "A Ecija —dice este autor— le sucede lo mismo que a Córdoba, en quanto a las descripciones ridículas que de ambas Ciudades han publicado diferentes Viajeros de fuera de España. Contentos con andar un par de calles, y entrar en alguna Iglesia, ya tienen harto para presentar a sus naciones respectivas una descripción de lo que no han conocido, ni examinado, y tal vez no han visto. Estas dos Ciudades están al paso de Sevilla y Cádiz, adonde los caminantes suelen dirigir la prosa por sus intereses, o por otras razones: parten al otro día que llegaron, y con dos o tres horas de tiempo ya creen tener estudiada aquella Ciudad ¿y qué hacen para hablar de ella? buscan otros Viajeros que les han precedido, y las vieron tal vez del mismo modo que ellos, y con esto presentan un libro a su nación lleno de despropósitos, dexándola en ayunas de lo que le habían de contar, o le cuentan disparates que otros han imaginado sin fundamento ni verdad". Y pone como ejemplo de todo lo procedente la descripción de Córdoba de Mr. Bougainville (sic) en su *Nouveau Voyage en Espagne*. PONZ, A.: O.C., pp. 171-172.

que ninguna otra el relato viajero —afirmación especialmente significativa para el caso de España—, que sin duda es el género literario más afín a la geografía y los orígenes de la moderna geografía científica coinciden con el Romanticismo y se enraizan con sus postulados estéticos y cognoscitivos, como ha probado N. Ortega:

"Los orígenes de la Geografía moderna coinciden con los del movimiento romántico. Aún sin eludir el papel desempeñado por la Ilustración como valioso anticipo de algunos de sus rasgos... creo que la cabal configuración inaugural de la tradición geográfica moderna se produce de la mano de Alexander von Humboldt y de Carl Ritter. Tal configuración se encuentra en buena medida asociada al entendimiento de lo geográfico —de la naturaleza y del paisaje— postulado por la modernidad romántica. No me parece justificado reducir lo romántico a simple ingrediente menor —y más o menos «perturbador», según sea el enfoque en cada caso practicado— de los primeros pasos de la Geografía moderna: considero que la imbricación es mucho más profunda y que no debe desdeñarse o minusvalorarse la vigorosa y fecunda presencia de la óptica romántica en el horizonte cognoscitivo de los protagonistas de esos primeros pasos" (45).

Por todo ello nosotros podemos afirmar que los viajes románticos nos han permitido obtener una correcta y rica —aunque incompleta, como veremos— imagen geográfica de Córdoba, siendo desechables para tal fin entre sus muchos textos solo aquellos —no muchos— en que la imaginación se convierte en impostura (caso de Clark que nos describe Córdoba y luego afirma que no la visitó) (46), en que la prisa de la visita sólo permite referencias demasiado esquemáticas —caso de Chateaubriand— (47), en que los prejuicios ideológicos apagan toda objetividad —según Imbert en Córdoba todo huele a "inquisitorial"— (48), y en que los tópicos de pandereta se erigen en exclusivo elemento de la narración —ejemplos de Champagny

(45) ORTEGA CANTERO, N.: *Geografía y Cultura*. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1987, p. 30.

(46) CLARK, W.G.: *Gazpacho: or, summer months in Spain*. 2ª ed. revisada. London, John W. Parker and Son, West Strand, 1851, pp. 244-245.

(47) CHATEAUBRIAND, F.A.: *De París a Jerusalén*. Barcelona, Laena, S.A. de Ediciones, 1982, (1ª edición francesa en Obras Completas de 1811 y viaje realizado en 1806), donde sólo hay dos escuetas referencias a Córdoba: "Desde Cádiz me dirigí a Córdoba, donde admiré la mezquita que le sirve hoy de magnífica catedral", p. 335 y "...el tres de mayo volví a pisar suelo francés y llegué a Bayona el 5, después de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo y de haber visitado Esparta, Atenas, Constantinopla, Rodas, Jerusalén, Alejandría, El Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid", p. 336. Textos en que las referencias a Córdoba, pese a su carácter escueto, denotan la importancia de la ciudad en el contexto urbano mediterráneo, y el carácter emblemático que en ella corresponde a la Mezquita.

(48) IMBERT, P.L.: *L'Espagne. Splendeurs et misères. Voyage artistique et pittoresque*, 2ª ed. Paris, E. Plou et Cie. Imprimeurs-Éditeurs, 1876, p. 101 y ss.

y Cuendias-Féréal— (49). Pero conviene advertir que estas limitaciones pueden existir en todas las épocas y, por supuesto, no son característica predominante de la copiosa producción viajera del Romanticismo.

La importancia, por último, de esta literatura viajera decimonónica se ve realizada si se compara con otras fuentes geográficas —guías, manuales didácticos, diccionarios geográficos e incluso tratados de geografía— que en principio deberían ser más fiables, pero que analizando su información respecto a Córdoba resulta ser mucho más banal e inexacta —salvo excepciones como la de Casas-Deza— que la de nuestros viajeros.

Por otra parte, conscientemente estamos aludiendo a "viajeros románticos" para referirnos a todo el siglo XIX, aunque sabedores de que con propiedad el Romanticismo se cifie a un período cronológico preciso —1800 a 1850, según Gabaudan— (50). Pero lo que ocurre especialmente para Andalucía, es que aquéllos son los "creadores" de un mito andaluz que *sine die* "pervive" hasta el momento actual, lo que explica que las adherencias románticas estén presentes después de este período (51). Esto mismo también se ha indicado para Latour, aunque escribiera sus impresiones viajeras en el límite de la época romántica (52).

En conclusión, pues, todo lo anterior indica que la imagen de Andalucía, que transmiten los románticos, con sus luces y sombras, no será efímera, y que fue asimilada por propios y extraños. De aquí la importancia de su caracterización que, en nuestra opinión, presenta ejemplos paradigmáticos para Córdoba, como se verá a continuación.

-
- (49) CHAMPAGNY, C. de: *Album d'un soldat pendant la campagne d'Espagne en 1823*. Paris, Imprimerie de Cossin, 1829, pp. 57 y ss., a propósito de Córdoba describe brevemente la Mezquita, afirma que, "es renombrada por la belleza de sus caballos", y habiendo asistido aquí por primera vez a una corrida de toros, en la que "especialmente me han horrozeado los picadores", se extiende glosando esta suerte taurina.
- CUENDIAS, M. de et FEREAL, V. de: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*. Paris, Librairie Ethnographique S.A., 1848, pp. 319-336, aborda Córdoba con un tratamiento historicista y fantástico —y por supuesto también monumentalista— concluyendo:
- "...Pero todo esto no existe ya... Córdoba sería hoy una ciudad bastante triste, si no fuera por el carácter jovial de sus habitantes, por la belleza de sus mujeres, por el brillo de su sol, por la riqueza de la vegetación que la rodea... todas cosas que ni el despotismo de los reyes, ni el furor de los inquisidores ha podido arrebatarle. ¿Pero no ocurre así en España entera?" (p. 336).
- (50) GABAUDAN, P.: *El romanticismo en Francia 1800-1850*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1979, 688 pp.
- (51) Es la tesis que ampliamente defiende y creo probar en LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...*, O.C.
- (52) Dice F. Maldonado: "En Latour... el placer de la evocación es nota característica que se convierte en virtud, hábito que durante el romanticismo crece hasta la monstruosidad. Sin embargo, cuando nuestro viajero cruza la frontera —1848— puede considerarse cerrado el ciclo romántico en sus líneas generales". En introducción, no. 9 u 10.
- LATOUR, A. de: *Viaje por Andalucía de Antonio de Latour (1848)*. Traducido por Ana M^a Custodio. Valencia, Editorial Castalia, 1954, 126 pp.

Decadencia actual versus esplendor árabe

También ahora como en la centuria anterior la contraposición entre un esplendor pasado de la ciudad de Córdoba —árabe en este caso— y la decadencia actual es un argumento mayor de la literatura viajera. Los textos en que se desarrolla esta tesis son abundantes e inequívocos. De ellos a continuación se exponen algunos referidos a distintos momentos del siglo. Gautier en 1840 veía así la decadencia cordobesa:

"Córdoba, antaño centro de la civilización árabe, hoy sólo es un conjunto de casitas blancas, por encima de las cuales se yergue alguna higuera de verdor metálico, alguna palmera extendida como un cangrejo con follaje, y que dividen en islotes estrechos pasadizos por donde apenas podrían pasar dos mulas de lado. Parece como si la vida se hubiera retirado de aquel gran cuerpo, un día animado por la activa circulación de la sangre árabe, y del que hoy no queda más que el esqueleto blanqueado y calcinado" (53).

Ford, el enciclopédico autor inglés, aproximadamente por igual fecha, no encuentra otro argumento para su relato sobre Córdoba que el de su brillante historia, que repasa prolijamente y que es contrapunto de su actual postración, aludida telegráficamente y de forma no original:

"Córdoba se ve enseguida. Esta Atenas bajo los moros es ahora un pobre pueblo beocio, la residencia de las autoridades locales, con un liceo, un teatro, una casa de espósitos (sic) y un museo nacional y biblioteca sin apenas importancia, un día basta y sobra para todo".

[...]

"Córdoba está muriendo de atrofia; no tiene ni armas ni hombres, ni cuero ni tejidos: el primer golpe se lo asestaron los bárbaros bereberes, y el último los franceses" (54).

Doré y Davillier, casi veinte años después, reiteradamente insisten en esta realidad, argumento continuo de su narración:

"Dejando aparte la Mezquita, los antiguos monumentos de Córdoba son poco numerosos, aunque el brillante pasado de esta ciudad pueda hacer pensar lo contrario...

[...]

"Esta pobre ciudad de Córdoba se ha arruinado de tal manera que apenas si se ve, de vez en cuando y en algunas calles, un fragmento que recuerde su pasado esplendor".

[...]

"Esta pobre Córdoba, tan floreciente bajo la dominación árabe, sólo es hoy la sombra de lo que fue antaño, y desde hace mucho tiempo los escritores españoles deploran a cual más

(53) GAUTIER, T.: *Viaje por España*. Prólogo de M. Vázquez Montalbán y traducción de Jaime Pomar. Barcelona, Editorial Taifa, 1985, p. 273.

(54) FORD, R.: *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa, que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía*. Reino de Sevilla. Madrid, Ediciones Turner, 1980, pp. 310 y 317.

el estado de decadencia en que se encuentra. «En todas partes, fachadas sin edificios donde crecen el musgo y la hiedra, ventanas abiertas por donde pasan libremente los pájaros amigos de las grandes ruinas, monasterios deshabitados, templos desiertos, lugares donde crece la hierba, calles silenciosas a todas horas, mercados donde nada se vende, talleres donde ya no se trabaja, una población inactiva, dormida, reducida a nada, pobre, privada de los beneficios de la civilización del Islam, divorciada de las dulzuras del progreso cristiano, marcada con el estigma de decadencia material y moral». Tal es la descripción que nos hace de la Córdoba de hoy el autor de *Recuerdos y bellezas de España*".

[...]

"La ciudad que podría albergar a un número cuatro veces mayor de habitantes de los que tiene, parece que está desierta y abandonada y recuerda a algunas ciudades de Italia, medio desiertas también, como Rávena y Pisa. Lo mismo que esta última, merecería ser llamada «La Muerta»" (55).

Probablemente en el mismo año que los anteriores —1862— la visita el danés Andersen y en unas bellas evocaciones, de tardío sabor romántico, la ve de forma similar:

"Córdoba fue capital del califato durante la dominación árabe, la ciudad tenía un millón de habitantes, seiscientas mezquitas y cien baños públicos. El arte y la ciencia florecían en el país. ¡Que diferencia!, ahora aquí sólo hay calles estrechas, pobres y desiertas; Córdoba ha descendido a rango de mala ciudad de provincia. En unos tenduchos colgaban algunos trozos de cordobán, la célebre piel de cabra curtida, especialidad de Córdoba. En la lonja de la carne había reminiscencias del viejo esplendor, las paredes de las tiendas conservaban el alicatado de cerámica de la época de los árabes".

[...]

"El espíritu de la destrucción ha pasado por aquí —está hablando de las orillas del Guadalquivir a su paso por la ciudad— con mayor ímpetu que el correr del tiempo; nos tuvimos que abrir camino entre montones de grava, donde árboles y matorrales silvestres crecen cubriendo con la capa del olvido pasadas grandezas y tesoros. Aquí se alza ahora el magnífico alcázar del rey moro (que evoca en su esplendor árabe)... Tanta gloria y delicia se han esfumado como las resplandecientes urbes, la oscuridad y la angustia sobrevinieron; la Inquisición española entró a residir en esas salas, tapió los airosos y delicados ajimeces, e instaló instrumentos de tortura allí donde antes solían esparcirse mullidos cojines. Donde antes sonara el laúd acompañando a hermosas y espirituales voces, resonaban ahora los gritos de dolor de los torturados mortalmente. Las bolas de acero y bombas de los soldados franceses destruyeron estos muros; en el jardín los matorrales silvestres y los añosos árboles fueron triturados y quemados; a grava y arena quedó tanta gloria reducida".

[...]

"La ciudad parecía sin vida y abandonada. Tan sólo una dama, devocionario en mano, pasó por las angostas calles, camino de la vetusta catedral, gloria y maravilla única de Córdoba" (56).

(55) DORE, E. y DAVILLIER, Ch.: *Viaje por España*. Madrid, Editorial Adalia, 1984, T. II, pp. 11, 28, 33 y 34.

(56) ANDERSEN, H. Ch.: *Viaje por España*. Epílogo y notas de Marisa Rey. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1988, pp. 186, 189 y 190.

Poco después una excelente observadora viajera, desconocida no obstante, Byrne, nos dice con precisión al respecto:

"Esta ciudad importante otrora —el califato de los Arabes, la Atenas de España—, ha dejado de ser centro de la civilización española, así como del esplendor moro, y se ha visto drásticamente reducida tanto en población y extensión como en importancia social y comercial".

[...]

"Córdoba tiene un aspecto abatido y desierto; su extensión es considerable pero su población ha disminuido tristemente, y los edificios relativamente deshabitados, bajos, de paredes blancas, escasos en ventanas, aunque proclaman su origen oriental, sin embargo le confieren un aspecto triste y desolado a la ciudad; el emplazamiento está de acuerdo con ese aspecto y es más severo que pintoresco" (57).

Y también de finales de siglo es el testimonio significativo del francés Poitou:

"De esta gloria, de estos esplendores, de esta vida política y culta de otros tiempos —que precedentemente ha evocado— apenas quedan vestigios. Córdoba es hoy una ciudad muerta. Ella tenía antiguamente doscientos mil habitantes, hoy le quedan cuarenta mil. La hierba brota en las calles silenciosas; la mitad de las casas parecen desiertas" (58).

Por supuesto que estos testimonios no agotan el tema (59), pudiendo afirmarse que esta contraposición entre el esplendor árabe y la decadencia actual —decimonónica— de Córdoba es una constante de todos los viajeros del siglo XIX.

Decadencia, por otra parte, que constituye un rasgo básico para la comprensión global de España y que según R. Ford ha sido originada por la reconquista, "la política y el fanatismo" (expulsión de los judíos, invasión bonapartista, guerras civiles) y como causa real y permanente por

"...el mal gobierno, civil y religioso, que puede observarse por todas partes, en el campo solitario y en las silenciosas ciudades" (60).

(57) BYRNE, W.F.: *Cosas de España. Illustrative of Spain and the Spaniards as they are*. London and New York, Alexander Strahan, Publisher, 1866, T. II, pp. 295 y 296.

(58) POITOU, M.E.: *Voyage en Espagne*. Tours, Alfred Mame et Fils, Editeurs, 1884, p. 68.

(59) Vid. también BAZIN, R.: *Terre d'Espagne*. Paris, C. Lévy, 1895, traducción del capit. XX referido a Córdoba en COBOS CASTRO, E.: "Carlos de Baille y su galería de celebridades francesas". *Alfinge*, 4, 1986, p. 60; BEGIN, E.: *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. Paris, Belin - Leprieux et Morizot, Editeurs, s.f., pp. 440-441; BLACKBURN, H.: *Travelling in Spain in the present day*. London, Sampson Low Son and Marston, 1866, pp. 137 y ss; BORROW, G.: *La Biblia en España*. Introducción, notas y traducción de M. Azaña. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1970, p. 208; LATOUR, A. de: O.C., p. 34.

(60) FORD, R.: *Las cosas de España*. Traducción de Enrique de Mesa. Prólogo de Gerald Brenan. Madrid, Ediciones Turner, 1974, pp. 46-53, y se aborda también este tema en LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...*, pp. 37 y 38.

Como ilustración de tales causas para Córdoba, recuérdese que en los textos citados de Ford y Andersen se alude a la Inquisición y a la invasión francesa y bien significativo es todo el relato de Borrow sobre la incidencia de la guerra carlista en la ciudad, amedrantada por las partidas facciosas, desabastecida e incomunicada, impedida para recibir la moderada afluencia de los turistas de entonces (61).

Pero, pese a todo ello, en general el viajero romántico, más esteta que analista riguroso, no se dedica a escudriñar las causas de la decadencia cordobesa ni siquiera a articular sistemáticamente sus consecuencias—como hicieron los ilustrados—sino a constatar el hecho y a exaltarlo, a veces incluso desmesuradamente. No obstante, Poitou, que es viajero meticuloso, nos ilustra con referencias al Cosmos de Humboldt para probar el porqué del esplendor árabe:

"Humboldt—dice—ha resaltado con justeza que la invasión de los árabes en España, a diferencia de las invasiones germánicas, que sólo habían originado ruinas, aportó con ella en los países conquistados unos gérmenes de civilización que debían desarrollarse y engrandecerse rápidamente" (lo que prueba con citas concretas de éste) (62).

En otro orden de cosas, el contraste entre decadencia y esplendor cordobeses erige a la ciudad en magnífico paradigma para el relato romántico, como se deduce de las siguientes consideraciones:

1ª. El arabismo incontestable y glorioso de su historia les permite a los viajeros "la evasión en el tiempo", que es rasgo fundamental del Romanticismo. Y de aquí que encontremos páginas y páginas de estos relatos dedicados a la historia de Córdoba, en las que con frecuencia es más importante la evocación que el rigor histórico.

2ª. Este arabismo, a su vez, tiene una pervivencia presente de un valor sin igual: la Mezquita, cuya descripción y análisis de los sentimientos que despierta también ocupa muchas páginas. Se confirma con ello que tres ciudades andaluzas—Granada, Sevilla y Córdoba—constituyeron por antonomasia los "lugares de promisión" de los viajeros románticos y que, especialmente, tres de sus monumentos—Alhambra, Mezquita y Alcázar sevillano—podrían haber engendrado buena parte del alud viajero del siglo XIX (63). En el caso de la Mezquita, sin entrar en la crítica de estas descripciones—labor de historiadores—, basten algunos de los elogios hechos por los viajeros para avizorar el significado que le confieren: "enorme e insólita Mezquita",

(61) BORROW, G.: O.C., pp. 202 y ss.

(62) POITOU, M.E.: O.C., pp. 75 y 78.

(63) LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...*, pp. 44-45.

según Andersen (64); "todavía hoy, según opinión universal —dice Amicis— es el más hermoso templo musulmán que existe, y uno de los más admirables monumentos de la tierra" (65); "edificio único en el mundo" para el barón de Davillier (66); "monumento único en el mundo y completamente nuevo, incluso para aquellos que han tenido ocasión de admirar en Granada y en Sevilla las maravillas de la arquitectura árabe", según Guatier (67), etc.

Sin lugar a dudas, pocas ciudades hay en el mundo que geográficamente susciten una imagen más nítida y vigorosa que Córdoba en virtud de su Mezquita, que constituye en el sentido que le da Lynch un "mojón" o hito incontestable que la representa (68). Ello parece que fue siempre así, desde que se construyó, pero el perfil definitivo de esta imagen es obra de los viajeros románticos.

3ª. Por otra parte, los cultos viajeros románticos al llegar a Córdoba ya venían alimentados de este esplendor árabe de la ciudad por sus lecturas históricas y de relatos viajeros precedentes, pero es frecuente —con la excepción de la Mezquita— que se les produzca una frustración —que no deja de ser otro elemento de la creación literaria romántica— a causa de ese contraste entre esplendor pasado y decadencia presente. Así les ocurre a Blackburn, a Luffman y, especialmente a Scott y A. Dumas.

"La grandeza de Córdoba, así como su excelente emplazamiento —dice Scott— desaparece tras una inspección más cercana. La ciudad... está en medio de una vasta llanura, rodeada por las elevaciones de montañas distantes; pero al entrar dentro de sus puertas, el panorama del sonriente valle y las sierras de oscuro arbolado desaparece y a cambio, el viajero ve confinada su vista a las paredes blancas de sus casas bajas, ruinosas y pobres, que se alinean en las estrechas, sinuosas e irregulares calles de la otrora orgullosa capital de los Abderramanes" (69).

Y más explícitamente, dice A. Dumas:

"Algunos nombres de ciudades tienen un singular prestigio. Desde nuestra infancia han sonado en nuestros oídos de una manera especial: Menfis, Atenas, Alejandría, Roma, Constan-

(64) ANDERSEN, A. Ch.: O.C., p. 187.

(65) AMICIS, E.: España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I. Traducción castellana de Cándido Arnau. Barcelona. Biblioteca Manca, 1895, p. 242.

(66) DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: O.C., p. 15.

(67) GAUTIER, T.: O.C., p. 273.

(68) LYNCH, K.: La imagen de la ciudad. México, Ediciones G. Gili, S.A., 1984, pp. 19 y 63.

(69) BLACKBURN, H.: O.C., p. 137; LUFFMAN, C.B.: A Vagabond in Spain. London, John Murray, 1895, p. 266 y SCOTT, C.B.: Excursions in the mountains of Ronda and Granada, with characteristic sketches of the inhabitants of the south of Spain. London, Henry Colburn, 1838, pp. 298-299.



tinopla, Granada, Córdoba... Hemos pensado tantas veces en ellas y tantas veces nos ha herido el temor de no llegar a verlas, a pesar de nuestro deseo, que nos hemos creado de ellas una visión imaginativa; hemos visto en sueños la ciudad que tememos no ver en la realidad. Pero por fin ¡llegamos!... Nos detenemos, respiramos; todo nuestro sueño se ha derrumbado; no vemos nada de lo que creíamos ver, suspiramos y decimos: ¿es esto?"

[...]

"No falla Córdoba por su situación sino por su aspecto. Córdoba, en efecto, adosada a las últimas estribaciones de Sierra Morena; dominada por esos picos sombríos que han hecho que las montañas que la coronan se conozcan con el nombre de montañas negras; tendida a la orilla del Guadalquivir, el mayor río de toda España; quemada por un sol árabe, tiene una admirable situación; pero Córdoba, montón de casas sin sombra, sin jardines, sin otros monumentos que la catedral; Córdoba a pesar de tres o cuatro palmerales que mecen por encima de ella sus graciosos abanicos, carece de aspecto" (70).

En último término, Córdoba con su historia esplendorosa, su magnificente Mezquita y su decadencia presente se convierte en hito obligado de todos los viajeros del siglo XIX, porque compendia muchos de los ingredientes que busca el romántico: exotismo y evasión en el tiempo, arabismo que es parte fundamental de aquél e historicismo que es instrumento de ésta, monumentalismo pintoresco y, contrastando con todo ello, la amarga realidad del momento —la postración material de la ciudad— que aporta el acíbar, sin el cual, tampoco hay romanticismo.

Córdoba ciudad oriental

Que Córdoba haya experimentado una profunda decadencia desde la época árabe no es obstáculo para que según sus visitantes del siglo XIX, siga siendo una ciudad "verdaderamente mora", "completamente oriental", "cuyos usos y costumbres nada tienen que recuerde a Europa", que sugiere que "Madrid, Italia, Europa están lejos de aquí", que "tiene un aspecto más africano que cualquier otra población de Andalucía", que parece que "los moros la han abandonado ayer", y que si pudieran volver "no tendrían que hacer gran cosa para instalarse nuevamente en ella". En último término, como dice Poitou

"Córdoba ha conservado en parte una fisonomía y ha quedado una impronta profunda de la civilización que un día floreció en ella" (71).

Pero ¿cuáles son los elementos de su urbanismo que definen este carácter africano, moro y oriental de Córdoba? ¿Qué características tienen ellos? ¿Cómo valoran los románticos este urbanismo?

(70) DUMAS, A.: *De París a Cádiz (Viaje por España)*. Traducción de R. Marquina. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1929, T. III, pp. 118-119.

(71) POITOU, M.E.: O.C., p. 68.

Para responder a estas preguntas y otras complementarias se recogen siete extensos textos que aparecen como apéndice, ordenados cronológicamente y subrayadas las palabras y expresiones con mayor significación para estos temas, y las conclusiones que se deducen de su estudio y de otros similares (72) son las que siguen.

Los principales elementos de la estructura urbana, que definen el carácter moro de la ciudad, según todos los autores, son sus laberínticas y estrechas calles, sus casas blancas y con ventanas enrejadas y sus patios con galerías, todos ellos en perfecta trabazón e inextricablemente unidos en la imagen del visitante.

Respecto al entramado callejero, todos los viajeros igualmente coinciden, en que se trata de calles cortas, angostas, sinuosas y laberínticas — "callejas" más que calles— propias de todas las ciudades de antecedentes islámicos, como precisa Mackenzie, y como también lo hacen Bazin y Roberts, al comparar Córdoba con Toledo (73); arguyendo también que este callejero en un clima caluroso es eficiente para protegerse del sol, y no perturbador, pese a su angostura, porque los árabes no usaban vehículos de ruedas. Si bien hay otros autores —como Blackburn— que insinúan que estas calles son insuficientes para el tráfico ya existente en el siglo XIX, aunque buena parte del transporte de entonces se realizara a lomo de burro o mulo. Respecto al carácter laberíntico de dichas calles me parece ilustrativa la sintética observación de Quinet:

"Las calles de esta villa de huérfes, en vez de ir de un punto a otro vuelven, se pliegan sobre sí mismas en laberintos inextricables" (74).

Los distintos autores, como puede observarse, respecto al estado del pavimento y limpieza —"la policía" que decían los ilustrados— de estas calles no coinciden: para unos son limpias, impolutas casi y bien pavimentadas; para otros sucias y de piso desigual, como si de "un torrente en seco" se tratase.

No hay referencias sistemáticas a las plazas, elemento fundamental del urbanismo musulmán, sino alguna que otra circunstancial, como la que aparece en el texto de Amicis. Quizás porque estas plazas están muy integradas en el callejero, al que no distorsionan como ocurre en otros tipos de urbanismo más ampulosos.

(72) Entre otros, además de las reseñadas en apéndices, vid.: BYRNE, W.P.: O.C., pp. 296-298; DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: O.C., p. 15; FORD, R.: *Manual para viajeros... Reino de Sevilla*, p. 304; LUFFMANN, C.B.: O.C., p. 267; POITOU, M.E., O.C. p. 68; QUINET, E.: *Mis vacaciones en España*. Traducción de Manuel Núñez de Arenas. Madrid, Ediciones "La Nave", 1931, p. 262 y ROBERTS, R.: *An Autumn tour in Spains in the year 1859*. London, Saunders Odey, and Co., 1860, pp. 342 y ss.

(73) BAZIN, R.: O.C., p. 60 y ROBERTS, R.: O.C., pp. 342-343.

(74) QUINET, E.: O.C., pp. 262.

Las casas a su vez se articulan en este callejero, y creo interesante al respecto la observación de Mackenzie: han disminuido mucho los habitantes y por tanto aquéllas se han distribuido "más cómodamente", dentro del recinto amurallado, siendo frecuentes los huertos y jardines adjuntos. Plano, pues, el de Córdoba aún no macizado, como se vio para el siglo XVIII, lo que también proviene de la gran extensión del casco histórico cordobés.

Las casas en sí no son muy amplias ni altas, de tejado plano o con azotea, al exterior con pocas ventanas y enrejadas. No obstante, algunos autores tardíos aluden también a las casas con balcones, que probablemente sean las que se están construyendo avanzado el siglo XIX, según testimonio de Roberts de 1859:

"En nuestras diferentes exploraciones por la ciudad hemos constatado con mucho agrado, que algunas casas de reciente erección han sido construidas al viejo estilo moro con patio, galería y fuente, siendo realmente difícil imaginar una estructura que pueda combinar más sabiamente tantos elementos pintorescos con los requerimientos de un clima meridional" (75).

Sin duda se trata de la renovación del caserío cordobés emprendida en este siglo por una burguesía, agraria principalmente, que por diversas causas que conocemos, se va haciendo urbana e interiorizando el "tipismo" de las casas de patio.

Todos los viajeros igualmente enfatizan el blanco impoluto del enjalbegado de las casas que contribuye a darles un aspecto de limpieza y obra nueva, pues, como dice Gautier, "gracias a la cal, el muro hecho hace cien años no puede distinguirse del terminado ayer".

No obstante, el elemento de la casa que más atrae la atención del viajero son los patios. Su descripción meticulosa puede verse en todos los textos entre los que sobresale, por su extensión y detalle el más enfático de Amicis, que incluso caracteriza varios tipos de los existentes. Puerta exterior, zaguán, patio central, galerías adyacentes, etc., son sus elementos fundamentales, como es sabido, y su originalidad estriba, como dice este mismo autor en que "no es un patio propiamente tal, ni un jardín, ni una sala, sino a la vez estas tres cosas".

En la caracterización romántica de Andalucía, tiene gran importancia su vegetación "africana" y exótica —chumbera, pita, palmera, adelfa, higuera, etc.—, que es elemento fundamental para definir esa frontera imaginaria —"África empieza en el Despeñaperros"— que los viajeros crean (76). Pues bien, sorprendentemente —y adelantándose más de un siglo a la actual corriente urbanística que tanto valora

(75) ROBERTS, E.: O.C., p. 346.

(76) LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...*, pp. 43-44.

la vegetación urbana—casti todos nuestros viajeros señalan como carácter genuino de Córdoba "sus frutos y flores tropicales", o africanas, que no se alojaban desde luego en los jardines públicos—escasos en la ciudad e inexistentes en el casco histórico—sino en patios, huertas y jardines privados y en los balcones. De entre aquéllos las plantas más exaltadas son la palmera, el naranjo, el limonero e incluso el platanero. Todas ellas exóticas y bellas para el viajero y constitutivas esenciales de la "africanidad" cordobesa, en su concepción difícilmente deslindable de lo "mediterráneo". La descripción de Mackenzie que se incluye—aunque parcial a causa de su extensión—es un modelo de precisión, incluso botánica, al respecto.

Y ¿cómo valoran los viajeros decimonónicos este urbanismo cordobés y su atractivo turístico? En un primer momento—decenios de los treinta y cuarenta—no faltan viajeros, de los más conspicuos por cierto, que están en la misma línea de repudio que los del siglo XVIII. Así Ford, por ejemplo, lacónicamente afirma que "Córdoba se ve enseguida... un día basta y sobra para todo" (77). Gautier, con calor insoportable durante su visita, incrementado por una quema de cercanos rastrojos, y visitada la Catedral, dice que "nada nos detenía ya en Córdoba, que no es demasiado agradable para vivir" (78). Y otro tanto pensaría Borrow, pues su descripción de nuestra ciudad es tan caustica y despreciativa como la de Moratín:

"Poco hay que decir de Córdoba, ciudad pobre, sucia y triste, llena de angostas callejuelas, sin plazas ni edificios públicos dignos de atención, salvo y excepto su Catedral, dondequiera famosa" (79).

Pero claramente y a medida que avanza el siglo, el urbanismo cordobés en su conjunto, así como los elementos señalados son altamente valorados, hasta el delirio a veces, por buena parte de los viajeros, como se deduce entre otros de los textos reseñados. Repárese así, como Latour en un relato de gran pureza romántica descubre un "encanto melancólico" a la ciudad; como Amicis, desbordante, respira aquí "el aire de otro mundo" porque "está en Oriente"; como Mackenzie, mesurado, en uno de los relatos mejor estructurados que hay de la ciudad, no descarta las expresiones efusivas favorables; como Godard ante los patios de Córdoba utiliza las expresiones "paraíso terrestre" y "jardín del Génesis", que enlazan directamente con el carácter "paradisíaco" que esta generación confirió a Andalucía (80); como todos en suma, en sus descripciones morosas y deleitables denotan compenetración y alta valoración del objeto descrito: Córdoba.

(77) FORD, R.: *Manual para viajeros...* Reino de Sevilla, p. 310.

(78) GAUTIER, T.: O.C., pp. 279-280.

(79) BORROW, G.: O.C., p. 209.

(80) LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...* pp. 39 y ss.

Tres son, por otra parte, y, en mi opinión, las razones fundamentales en que estos autores apoyan su valoración positiva del urbanismo cordobés: el exotismo y orientalismo de la ciudad, algo completamente nuevo para ellos; su misma decadencia, que como dice Godard, favorece el silencio y la meditación, difíciles ya en las ciudades europeas, transmutadas por la revolución industrial; y el clima, el sol y la luz, tan valorados por quienes en general proceden de las brumas del norte. Pero estas tres motivaciones, si bien se miran, no son genuinas sólo de Córdoba, sino ingredientes comunes del "paraíso andaluz", que como mercancía turística sigue vendiéndose hasta el día de hoy. En el siglo XIX, no obstante, muchos viajeros creyeron encontrar en Córdoba este paraíso en estado casi puro.

Desde una óptica geográfica, finalmente, creo que la gran aportación de estos relatos estriba en que supieron caracterizar y describir el urbanismo de impronta islámica de la ciudad —entonces apenas modificado— bellamente y con precisión.

Aspectos materiales de la decadencia cordobesa

La inconcusa decadencia cordobesa, que continúa en el siglo XIX, lógicamente tiene sus manifestaciones en la vida material y social de la ciudad: población y actividades económicas. Pero para el estudio de estos aspectos los datos de la literatura viajera del XIX son escasos y la información pobre, porque a los románticos no les interesan mucho los datos económicos y demográficos. Por ello, algunos de los que se tienen por mejores de estos relatos prácticamente no abordan estos temas. Por causas concretas, no obstante, hay algunos viajeros que aportan algunas noticias válidas: Byrne, por su meticulosidad ya aludida; Wylie (81), misionero protestante, porque le interesa el estado material y social de los indigentes; Mellado (82) y Bory de Saint-Vicent (83) porque conciben sus impresiones como "guías", cuya estructura misma exige la incorporación de algunos datos económicos. Según estos viajeros, pues, y alusiones dispersas de otros, algo se puede decir sobre la demografía y actividades económicas de la Córdoba del siglo XIX.

Los datos de población absoluta de la ciudad que aportan aquéllos, con la expresión del año probable de su visita son los siguientes:

-
- (81) WYLIE, J. A.: *Daybreak in Spain; or, sketches of Spain and its new reformation. A tour of two months.* London and New York, Cassell Petter and Galpin, 1870, 424 pp.
- (82) MELLADO, F. de P.: *Recuerdo de un viaje por España. Quinta y Sesta Parte. Andalucía, Extremadura, Castilla La Nueva y Madrid.* Madrid, Ediciones de Arte y Costumbres, 1851, 442 pp.
- (83) BORY DE SAINT-VICENT, M.: *Guide de voyageurs en Espagne.* Paris, Lous Janet, 1823, 666 pp.

1823 Bory de Saint-Vincent.....	40.000 habitantes
1830 Blackburn.....	40.000 "
1846 Mellado.....	41.976 "
1850 Begin (84).....	60.000 "
1882 Day (85).....	53.000 "

Sabiendo por los censos del siglo XIX que Córdoba en 1860 tenía 41.963 habitantes y en 1900, 58.275, está claro que los viajeros sin mucha precisión — obsérvese su tendencia al redondeo— se mueven dentro de estas cifras, y está claro también que el incremento poblacional entre el siglo XVIII y mediados del XIX ha sido muy escaso, sobre todo, si se descarta por desmesurada la cifra de 60.000 habitantes de Begin. La segunda mitad del XIX conoce un mayor dinamismo demográfico.

No obstante, como a los viajeros lo que les interesa es resaltar la diferencia de población entre la Córdoba califal y la que ellos conocen, con frecuencia encontramos el parangón entre los 40 - 60.000 habitantes del momento y los 200, 300, 500.000 e incluso un millón que sin mayor justificación atribuyen a aquélla. Y este espectacular desajuste es el que resaltan para corroborar la decadencia histórica de nuestra ciudad.

Consecuencia también de esta decadencia es la postración **industrial** y **comercial** siendo al respecto un tópico historicista, frecuentemente usado, la alusión al esplendor pasado de la orfebrería e industria del cordobán, e incluso Begin alude "a los grandes talleres caligráficos de los califas y la imprenta de Alonso Fernández, introductor de su arte tanto en Córdoba como en Valencia en 1478" (86), que contrastan con el hundimiento presente de los primeros y los "tenduchos de Francisco Lozano y de Juan Manté". Veamos, no obstante, otros datos más precisos sobre la industria y comercio cordobeses del XIX. Dice Mellado que

"...La industria cordobesa consiste en fábricas de hilo, seda, jabón, papel, y sombreros, grangería de ganado, en especial caballar; adobo de aceitunas y toda clase de artes y oficios, entre los que sobresalen el de platería, que cuenta ochenta y seis talleres. El comercio es también considerable, aunque no tanto como en la antigüedad. Celebranse ferias muy concurridas dos veces al año, y un mercado los jueves" (87).

Y Byrne, a su vez, un poco después describe así el panorama industrial:

(84) BEGIN, E.: *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. París, Belin - Leprieux et Morizot, Editeurs, s.f., 556 pp.

(85) DAY, H.: *From the Pyrenées to the Pillars of Hercules. Observations on Spain, its history and its people*. New York, G. P. Putnam's Sons, 1883, 249 pp.

(86) BEGIN, E.: O.C., p. 442.

(87) MELLADO, F. de P.: O.C., p. 99.

"Hay en Córdoba manufacturas de plata, lino, seda, aceite, papel y jabón. La fabricación del aceite es tosca en todos los lugares que hemos visitado, y toda la maquinaria como el proceso son en extremo primitivos... También se fabrica aquí vino... Y hay una fábrica de barriles, que son destinados al encurtido de aceitunas... Los acogidos en el hospicio se emplean en producir vestimentas, lienzos, sargas, trenzas y cuerdas" (88).

De forma más puntual Bory de Sain-Vincent alude a la orfebrería (89), así como Luffmann y Roberts, ambos con juicios contradictorios, pues para el primero

"...no hay aquí arte o industria de importancia. La gente habla de sus bellos trabajos de plata, pero es solamente lo que se conoce como «trabajo del Cairo»: hilo de plata, trenzado y retorcido en vulgares baratijas" (90).

Mientras que el Rvdo. Roberts, con un juicio que me parece más fiable, opina lo contrario:

"Los trabajos de plata abundan aún en Córdoba y en sus tiendas gastamos una buena cantidad de nuestro tiempo sobrante y dinero. La filigrana española, aunque quizás sea casi igual a la india en delicadeza y elegancia, es mucho más adaptada a las vicisitudes del baúl del viajero, a causa de su gran solidez y longitud. Es éste un buen lugar para adquirir joyería antigua, y Lord Portarlington y Mr. Sykes hicieron considerables compras de pendientes, medallones, relicarios, etc. en algunas tiendas de curiosidades" (91).

Con respecto a los cordobanes sí parece clara su decadencia, pues Latour afirma que "inútilmente busqué por la ciudad los últimos vestigios de esta industria hoy perdida" (92) y Roberts sólo encontró "unas cuantas pieles de cerdo curtidas, utilizadas para envasar vino" (93).

Por otra parte, para todo el siglo XIX sólo hemos encontrado dos alusiones a una cierta innovación industrial: una de Latour que visitó "una fábrica de sombreros del país, dirigida con gran éxito por un francés inteligente" y en la que trabajaban un centenar de muchachas (94), y otra de Wylie que afirma que Mr. Shaw, un inglés,

(88) BYRNE, W.P.: O.C., pp. 313-316, con descripción a propósito del aceite de una hacienda de olivar y su molino, que visitó.

(89) BORY DE SAINT-VINCENT, M.: O.C., p. 557.

(90) LUFFMAN, C.B.: O.C., p. 273.

(91) ROBERTS, R.: O.C., p. 91.

(92) LATOUR, A. de: O.C., p. 34.

(93) ROBERTS, R.: O.C., p. 343.

(94) LATOUR, A. de: O.C., pp. 34-35.

junto con su sobrino, Mr. Poole "tiene una gran fábrica cerca de Córdoba... que emplea a varios cientos de hombres" (95). Por lo que respecta a otras producciones industriales modernas —entre otras las textiles— nada se dice y Córdoba depende, por tanto, de la importación, que se hace más necesaria con el abandono de los trajes tradicionales, que ya era un hecho (96) y que es constatada por algún viajero (97).

En resumen, pues, la postración industrial de Córdoba es una realidad, ya que esta actividad se reduce a algunas industrias agrícolas, textil marginal, artesanía —entre la que parece se mantiene algo de platería— y otras sin gran importancia, para el autoabastecimiento. La industria moderna, pese a que estamos en el siglo de la revolución industrial, apenas si tiene aquí representación, por lo que la dependencia de la importación es un hecho. Pero, esta última debería ser de alcance limitado, pues con justeza dice Day que

"Córdoba es una ciudad interior que depende de su entorno inmediato para la actividad comercial, pues los grandes barcos remontan el Guadalquivir solo hasta Sevilla" (98).

Este confinamiento interior o enclavamiento también lo perciben estos viajeros como causa importante de su decadencia y por ello insisten en la dificultad de la navegación por el río, "de corriente insignificante durante nueve meses del año, en los que la mayor parte de su amplio y arenoso lecho está totalmente seca". Por ello, aunque fue navegable en la antigüedad y durante la invasión francesa, no lo es hoy. Y por eso también "el hermoso muelle", que se está construyendo en la Ribera en 1833, según Scott, constituye un "absoluto dispendio de dinero", debiendo más bien "excavarse un canal que hiciese el río navegable para barcazas y barcos comerciales hasta Sevilla" (99).

Pese a todo lo dicho, un viajero como Begin no quiere considerar inevitable la decadencia de Córdoba, y tanto por factores físicos de la ciudad —situación, emplazamiento, Guadalquivir— como humanos —llegada del ferrocarril y consumo de una población creciente— avizora para "la venerable capital de Abdu-Rhman" un porvenir mejor (100).

(95) WYLIE, J.A.: O.C., p. 246.

(96) AMICIS, E. de: O.C., p. 243 y BLACKBURN, H.: O.C., p. 140.

(97) BLACKBURN, H.: I. c. dice que "las señoras importan sus vestidos de Lyon o Marsella y (que) las clases más pobres imitan sus gustos y compran todas las galas que pueden".

(98) DAY, H.: O.C., pp. 150-151.

(99) MACKENZIE, A.S.: *A year in Spain by a young American*. Boston, Hilliard, Gray, Little and Wilkins, 1829, p. 277, y SCOTT, C.R.: O.C., pp. 411-412.

(100) BEGIN, E.: O.C., p. 447.

Respecto a otra actividad económica, muy poco nos dicen los viajeros decimonónicos sobre la **vida agraria** del entorno cordobés, porque a las razones ya apuntadas para ello hay que unir la poca atención que estos viajeros específicamente prestan a lo agrario —en contraste radical con los ilustrados—, ya que "el mundo que ellos describen es esencialmente el urbano" (101). Sólo Byrne dice de Córdoba que su

"...suelo, que es muy fértil, produce en abundancia trigo, cebada, frutas y hortalizas, pero su mayor orgullo son los caballos" (102).

Pero en este desierto de información sobre lo agrario es una excepción Wylie que aborda por extenso el problema agrario del Valle del Guadalquivir, a propósito de su viaje de Córdoba a Sevilla, enlazando así en este tema con la tradición ilustrada. Sus ideas principales, extensa y brillantemente expuestas y que generaliza para el conjunto de España, son las siguientes:

Hay, según él, ausencia total de regadío, y así el Guadalquivir "corre a lo largo de su valle, que irriga —no, no lo irriga sino que aloja su lecho hasta el océano—, pues sus aguas corren sin refrescar la tierra sediente". Ello es grave porque España es un país árido y con frecuentes sequías —como la que sufría Andalucía cuando él visitó Córdoba— a causa de su posición geográfica, aunque esta aridez se debe principalmente "a la imprevisión de sus habitantes", que durante siglos han provocado un proceso de deforestación que impide la lluvia "a menos que los vientos la traigan del océano", que han cortado con la sabia tradición de los moros que desarrollaron un sistema de regadío y que, pese a tener ríos caudalosos por sus numerosas cadenas de montañas, los dejan morir en el océano.

Por otra parte, según Wylie, España, y especialmente Andalucía, es encantadora, un paraíso, por su cielo, por su luz, por su vegetación exótica, por su historia y monumentos, pero cuando se da media vuelta y se contemplan los mendigos

"...que imploran pan por amor de Dios... la ilusión desaparece y se da uno cuenta, que a pesar de sus magníficas catedrales y sus monumentos moros, a pesar de sus palmeras y bananeros, España es una ruina, una pavorosa ruina (tanto material como moral)... pese a que las guías y la mayor parte de los viajeros callen estas cosas" (103).

Algo más podemos saber también, según la literatura viajera, sobre la incidencia del turismo como actividad económica sobre la Córdoba del siglo XIX. La misma

(101) LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...*, p. 44.

(102) BYRNE, W.P.: O.C., p. 313.

(103) WYLIE, J.A.: O.C., pp. 255-261.

pródiga actividad viajera y la profusión de relatos están denotando que había un cierto turismo en Andalucía y, por supuesto, en Córdoba, sobre todo a partir de la llegada del ferrocarril que en nuestra ciudad ocurre en el período 1859 a 1873, con la apertura de la línea Córdoba a Sevilla en el primero de esos años, de Córdoba a Málaga en 1865, de Córdoba a Manzanares en 1866 y de Córdoba a Bélmez en 1873.

"Por más que a principios del siglo XIX —he escrito yo en este sentido— España estuviese excluida del "grand tour" turístico europeo, no cabe duda que por obra del interés romántico, pronto se convierte en un mercado turístico, si no masivo, al menos interesante, y de aquí que la literatura de viaje no sólo satisfaga a lectores cultos sino también a futuros turistas" (104).

Como prueba de todo ello para Córdoba he aquí dos testimonios valiosos. Poitou encuentra en el tren que va a esta ciudad viajeros

"...de todas clases y de todos los países; hay turistas como nosotros —obsérvese la utilización del término—, negociantes, representantes, empresarios del ferrocarril, y hasta cantantes que forman parte de una compañía de ópera de Sevilla; los hay americanos, franceses, alemanes, italianos, belgas" (105).

Y Andersen cuando llega a la Fonda Rizzi de Córdoba ve "una extraña colección de inválidos y viejos decrepitos", opinando el camarero que "¡gente como ésta debería mejor quedarse en casa y no salir de viaje!" (106). Pero incluso antes de la apertura del ferrocarril, Córdoba, por su situación a medio camino entre Sevilla y Madrid, atraería a cierto número de viajeros, pues, el posadero que acoge a Borrow le confiesa que sus mejores parroquianos son ingleses y que ha tenido en su casa "de todas categorías, desde el hijo de Bellington hasta un médico joven", aunque, por las circunstancias concretas de la guerra carlista, "desde hace más de un mes no ha venido ninguno" (107).

Lógicamente, este incipiente turismo originaría una cierta demanda de alojamientos, de los que algo sabemos por los viajeros. En el siglo XVIII Ponz dice que "la posada o fonda donde vine a parar, llamada del Sol, es la mejor que hay aquí. Cabalmente está en la Catedral" (108). Esta misma posada es la que unos cincuenta años después reseña Ford:

(104) LOPEZ ONTIVEROS, A.: *El paisaje de Andalucía...*, p. 34.

(105) POITOU, M.E.: O.C., p. 64.

(106) ANDERSEN, H. Ch.: O.C., p. 186.

(107) BORROW, G.: O.C., pp. 202 y 205.

(108) PONZ, A.: O.C., T. XVI, 1791, p. 278.

"Los que vayan hasta Granada encontrarán la Posada del Sol, aunque verdaderamente española, la mejor situada; es la posada de los muleteros, y está cerca de la mezquita y del puente".

Y probablemente también es la que años antes, 1826-1827, ocupa Mackenzie que imprecisamente habla de "la principal posada de Ronda, que está cerca de la catedral" y del puente. Aunque ella ya no tiene nada de buena, y eso significa la sarcástica expresión de Ford "verdaderamente española", amén del testimonio explícito de Mackenzie:

"...tan completamente miserable como posiblemente lo serían los más pobres alojamientos para caravanas en los días de Abderramán".

Pero por los años treinta y cuarenta también estaba la "posada de diligencias, al otro extremo de la ciudad que es la mejor" (Ford) y que probablemente es la que utiliza Borrow, que entrando por el puente

"...tiene que atravesar toda la ciudad para llegar a la posada, que era un vasto edificio, de cuyas ventanas, bien defendidas con rejas, no escapaba el menor rayo de luz" (109).

Tras la llegada del ferrocarril, en el mismo año de 1859 en que se inaugura la vía de Córdoba a Sevilla, empieza a citarse el "Hotel" o "Fonda" Rizzi, reiteradamente aludido, aunque Byrne ocupa "una casa de huéspedes" cercana a aquél y también cita el Hotel Suizo (110). Es bien significativo el cambio de denominación y ubicación de los alojamientos cordobeses. Desaparecidos los viajes a caballo —como Borrow—, en galera —como Mackenzie— o en diligencia —como Ford—, y accediéndose a Córdoba por ferrocarril los viajeros ya no se instalan en "posadas" sino en "hoteles" "fondas" o "casas de huéspedes", que estaban en lo que hoy son las Tendillas o alrededores y a donde se accede fácilmente desde la estación, primero por los jardines de Agricultura y Puerta Gallegos, después por Gran Capitán. Todo ello es una significativa ilustración de como el nuevo medio de transporte es causa de la migración del "centro ciudadano", ubicado durante siglos en torno a Puente-Mezquita-Carrera del Puente, que es donde estaban las posadas, y que se desplaza hacia el norte, atraído por la estación: Tendillas-Gran Capitán-Concepción-Gondomar.

Pueden también allegarse en los viajeros noticias sobre las limitaciones de los incipientes servicios turísticos y especialmente de alojamientos y transportes. Así el Rizzi, es "el mejor hotel de Córdoba" y tiene

(109) FORD, R.: *Manual para viajeros... Reino de Sevilla*, p. 304; MACKENZIE, A.S.: O.C., pp. 275-276 y BORROW, G.: O.C., n.º 201. OLIVNET, E.: O.C., n.º 263, también alude a la posada del Puente a dos pasos de la Mezquita.

(110) BYRNE, W.P.: O.C., pp. 293-295.

"...un magnífico patio con rosales y geranios en una arcada soportada por columnas de mármol. Las escaleras decorativamente alfombradas con esteras de cañamo; nuestras habitaciones, aireadas y con techos altos, pero sin chimenea (en su lugar braseros) a pesar del frío cortante que hacía".

También, según otro autor "nuestras habitaciones parecía como si no hubiesen sido limpiadas desde que los moros eran dueños de Córdoba, y el descanso por la noche era imposible" (111). Lógicamente mucho más deplorable era la situación de la casa de huéspedes de Byrne: con ventanas a la calle en el piso bajo, sin accesorios de limpieza, muebles pobres o incómodos y mosquitos abundantes (112).

Las quejas más significativas respecto al ferrocarril son sus nada raras interrupciones, la carencia de información o su manipulación para que el viajero "gaste un día más en Córdoba", amén de las malas instalaciones siendo la estación en principio —1865— "un cobertizo miserable a medio terminar" (113). En suma, todas ellas deficiencias propias de un turismo incipiente, cuyos ingresos, no obstante, ayudarían a paliar algo la decadencia económica de la Córdoba decimonónica.

Estancamiento urbano de Córdoba

Pese a las imprecisas alusiones que algunos viajeros hacen a "arrabales" de Córdoba (114) que bien podrían ser barrios de la Ajarquía, el hecho fundamental a destacar aquí es, que a causa de la atonía demográfica de la ciudad, ésta en el siglo XIX "se extiende dentro de sus viejas murallas", estando fuera "todo desierto" (115). Por eso también nos puede causar hoy extrañeza que Andersen aluda a la Iglesia de San Nicolás como en las "afueras de la ciudad" (116), porque en efecto tras la cercana Puerta de Gallegos lo que había era el campo.

Esta ciudad, por otra parte, esencialmente seguía siendo amurallada y hay muchas observaciones sobre las murallas: "con líneas de ladrillos y adobes intermedios, imitadas de las murallas romanas", según Begin (117); "viejas murallas bastan-

(111) ANDERSEN, H. Ch.: O.C., p. 185 y BLACKBURN, H.: O.C., p. 146.

(112) BYRNE, W.P.: O.C., pp. 294-295 y 317.

(113) Aunque poco después —1870— según WYLIE, J.A.: O.C., p. 238, la estación es ya "un edificio espacioso y bastante bello, según el modelo de las inglesas". BLACKBURN, H.: O.C., p. 145; BYRNE, W.P.: O.C., p. 292 y POITOU, M.E.: O.C., p. 63.

(114) Por ejemplo AMICIS, E. de: O.C., p. 252.

(115) WYLIE, J.A.: O.C., p. 239.

(116) ANDERSEN, H. Ch.: O.C., p. 191.

(117) BEGIN, E.: O.C., p. 446.

te espesas" según Bory de Saint-Vincent (118); "fuertes y flanqueadas de torres cuadradas, octógonos más robustos aún, que son obra de Godos y Sarracenos", según Godard (119). Latour, por lo demás, como su coche no cabía por el laberinto interior de callejas, tiene que dar la vuelta a las antiguas murallas "de torres almenadas" y las encuentra "casi intactas por muchos sitios y sólo es necesario —dice— un mínimo esfuerzo imaginativo para no ver allí el profeta reinando aún" (120). Incluso Byrne habla de que se está mejorando

"...una nueva puerta en la Plaza de la Magdalena: la Torre de los Donceles... pues la municipalidad está, parece, interesada por la veneración de su antigüedad e historia tradicional" (121).

También sabemos por otros testimonios que las murallas al menos hasta mediados de siglo, seguían siendo plenamente funcionales por razones fiscales y de seguridad, cerrándose las puertas por la noche. Por ello, A. Dumas en 1846 no entra a Córdoba por la puerta del Puente, sino atravesando el Guadalquivir en barca para no pagar en el fielato (122). Gautier, poco antes, describe así la espera en dicha puerta antes de que se abra:

"Las puertas de la ciudad aún no estaban abiertas; una barahúnda de carretas de bueyes, tocados majestuosamente con tiras de esparto amarillo y rojo; mulos y asnos blancos, cargados de paja trillada; labriegos con sombreros en forma de pilón de azúcar, cubiertos con capotes de lana parda... esperaban la hora con la flemma y la paciencia propia de los españoles..." (123).

Ciudad, pues, intramuros, las murallas en aceptable estado de conservación y funcionando, aunque no fuese para fines militares, sobre todo, en la primera parte del siglo, y los viajeros sin enterarse del acelerado proceso de destrucción de las mismas que se estaba consumando, probablemente porque sólo tienen somero conocimiento de ellas y porque Córdoba no se expansiona significativamente extramuros.

Pero que esto fuese así no quiere decir que no se encontrase algo en las inmediaciones exteriores de la capital cordobesa. Muchos viajeros son los que entran

(118) BORY DE SAINT-VINCENT, M.: O.C., p. 554.

(119) GODARD, L.M.: *L'Espagne, Mœurs et paysages, histoire et monuments*. Tours, Ad. Mame et Cie., Imprimeurs-Libraires, 1862, p. 196.

(120) LATOUR, A. de: O.C., p. 31.

(121) BYRNE, W.P.: O.C., p. 297.

(122) DUMAS, A.: O.C., p. 125.

(123) GAUTIER, T.: O.C., p. 271.

—o salen— por el puente, que describen, así como la Calahorra adjunta, la puerta del mismo nombre y los restos árabes, según ellos, de molinos, otros puentes o acueductos en el Guadalquivir. Y como en esta dirección estaba —y está— el Campo de la Verdad, algunos también lo reseñan. Dice Scott sobre él:

"Hay un suburbio de alguna extensión en la orilla meridional del río; aunque la ciudad, propiamente dicha, está totalmente situada en el lado opuesto" (124).

Y es también en este barrio de la ciudad donde Mérimée sitúa la mansión de Carmen, recto, pasando "el puente sobre el Guadalquivir... en una casa que no tenía en absoluto el aspecto de un palacio". Pero excepto ese suburbio poco se debía encontrar en estas orillas del Guadalquivir, salvo el espectáculo de las bañistas, de noche, al toque del angelus —también según Mérimée— (125) y una Alameda solitaria "que a la sombra de altos y añosos árboles sigue la margen del Guadalquivir" y al cabo de la cual se encontraban las ruinas de un viejo monasterio, saqueado en 1835 (126).

En el entorno occidental de la ciudad sólo se nos habla del reciente cementerio de la Salud, sobre el que merece la pena —creo— reproducir la descripción de Byrne:

"Extramuros hay situado... un campo santo. Está cuidado con más reverencia y adornado con más gusto que usualmente vemos que se hace en los cementerios españoles... La capilla es pequeña pero muy cuidada. Sobre el altar mayor se levanta la imagen llamada Sta. María de la Salud, desenterrada en este lugar hace cuatro siglos; se dice que el actual cementerio fue antes el sitio de una ermita, de igual dedicación, que da ahora nombre al campo santo, la Virgen de la Salud. Fue por primera vez dedicado a este uso en 1834" (127).

Por último, respecto a los paseos extramuros sabemos de la existencia, porque así lo aluden los viajeros, de los jardines de Agricultura y de la Victoria, que como se dijo, al principio constituían el itinerario desde la Estación a la Puerta Gallegos, y que posteriormente es sustituido por el Paseo de Gran Capitán. Mackenzie en 1826-27, con bastante imprecisión, al salir de la ciudad camino de las Ermitas dice que "pasó por un bello paseo público que está fuera de la puerta en dirección de la Sierra" (128). No sabemos si ello sería por lo que hoy es Gran Capitán o por lo que hoy es Campo de la Merced, lo más probable, pues éste está justo en frente de la puerta de Osario. Pero en

(124) SCOTT, C.R.: O.C., p. 411.

(125) MERIMEE, P.: *Carmen y otros Cuentos*. Prólogo de George Steiner, Barcelona, Editorial Bruguera, S.A., 1981, pp. 38 y 34-35.

(126) ANDERSEN, H. Ch.: O.C., pp. 186-187.

(127) BYRNE, W.P.: O.C., p. 316.

(128) MACKENZIE, A.S.: O.C., p. 268.

1870 el Paseo del Gran Capitán está ya totalmente insinuado, pues Wylie lo describe así:

"El acceso a Córdoba desde la estación es por un paseo nuevo y espacioso, que ahora empieza a adornarse con edificios que en mucho sobrepasan a sus compañeros del interior de la ciudad en sus fachadas ostentosas, pero que le van a la zaga en solidez y perdurabilidad" (129).

También se reseña, pero sin aludir a su ubicación precisa, a una plaza de toros:

"...que era un edificio muy importante, estando sus corridas entre las mejores y que ocupaban una gran extensión de terreno... (pero) que se quemó hace algún tiempo y ahora está siendo reconstruido. Se ubica fuera de las murallas, donde las *alamedas* son realmente bellas y extensas" (130).

Todas estas referencias al inmediato entorno de Córdoba nos confirman en lo antes dicho: Córdoba seguía siendo totalmente una ciudad intramuros, aunque muy tímidamente van configurándose en el exterior algunos paseos y algunos servicios (estación, plaza de toros, cementerios). El modesto Campo de la Verdad constituía la excepción, pero excepción secular no del siglo XIX.

De esta Córdoba, estancada espacial y económicamente, la principal aportación a su diagnóstico descriptivo que hacen los viajeros del XIX, como hemos visto por extenso, es la caracterización de su entramado callejero, casas y patios. Pero ellos aportan también datos de interés sobre el *centro ciudadano*. Según éstos e intentando cohesionarlas con lo que por otras fuentes sabemos del urbanismo cordobés de la época, yo diría al respecto lo siguiente:

1.º El centro comercial y de actividad general ha desaparecido ya del entorno inmediato de la Mezquita —recuérdese lo dicho sobre la decadencia de las "posadas" cercanas—. No obstante, a causa de la atracción de ella, ésta junto con el patio de los Naranjos, sigue siendo el centro turístico de la ciudad. Claramente así lo prueban las observaciones de Hare, entre otros:

"La poca vida que permanece parece converger hacia la Mezquita, el único centro de interés de la ciudad, el imán que aún atrae a los viajeros de todas las partes del mundo. Aquí en el magnífico patio de los naranjos, tropes de niños juegan, un perfecto regimiento de mendigos, que toman el sol todo el día se sientan en los poyos bajos de piedra alrededor de sus paredes, mientras que multitudes de hombres robustos permanecen aquí durante horas charlando o jugando a las cartas" (131).

(129) WYLIE, J.A.: O.C., p. 238. Y también aluden al paseo del Gran Capitán IMBERT, P.L.: O.C., p. 103; DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: O.C., p. 30; LUFFMANN, C.B.: O.C., p. 273 y MELLADO, F. de P.: O.C. p. 99.

(130) BYRNE, W.P.: O.C., p. 297.

(131) HARE, A.J.C.: *Wanderings in Spain*. London, Strahan and Co. 1873, p. 87.

Espectáculo similar al que después nos presentará Baroja en *La Feria de los Discretos*, que en parte continúa en el momento actual, y que hace también pensar en el ejército de mendigos que describe W. Irving para la Alhambra.

2.º El centro comercial y de servicios lentamente se va desplazando hacia el norte y noroeste de la ciudad, siendo coincidentes en este sentido, aunque algo imprecisos, algunos testimonios. En 1846, según Mellado, las calles principales de Córdoba son Feria, Carnicería, San Pablo, Santa Victoria y Carreteras y la plaza principal la Corredera (132), que como mercado vital de la ciudad aluden también otros viajeros (133). Precizando más, Doré y Davillier en 1862 son taxativos y afirman: "La calle principal, La Feria, donde se ven algunas tiendas, es la única que tiene algo de animación" (134). No se olvide tampoco, como ya se dijo, que hoteles y fondas, tras la apertura del ferrocarril tienden a ubicarse aproximadamente en el entorno de lo que hoy son las Tendillas. De todo ello se deduce que el centro comercial y ciudadano efectivo es Calle de la Feria-Corredera, pero que éste tiende más hacia el norte, hacia las Tendillas por atracción de la Estación, aunque ello no se consumará hasta que a primeros del siglo XX se abra la calle Nueva o de Claudio Marcelo y se termine de remodelar la plaza de las Tendillas.

3.º El centro recreativo por la misma atracción de la estación, entre otras razones, parece claro que está en Gran Capitán. Dicen Doré y Davillier: "El paseo de Córdoba, de reciente creación, se llama Paseo del Gran Capitán" (135), siendo muchos los viajeros que lo aluden.

En otro orden de cosas, hay que ver la imagen perceptiva que tienen los viajeros de los monumentos de la ciudad. Y para ello es básico recordar que por su apasionado arabismo, la Mezquita acapara toda su atención, que escudriñan en monumentos que creen de igual origen, y que desprecian todos los demás. Modélico al respecto es el parecer de Begin. Para él, excepto la Mezquita "los otros monumentos apenas ofrecen interés", siendo el palacio de la Audiencia, el museo del Colegio de la Asunción, el Ayuntamiento, el palacio del obispo, el triunfo de S. Rafael y la puerta del puente "obras de mal gusto", aunque los molinos moros, la torre de Mala Muerte, algunas torres de las murallas y

"...la gran plaza con sus galerías de madera... y hasta ruinas sin nombre cautivarán el espíritu de un hombre serio que las tomará como punto de partida para rememorar el pasado..."

(132) MELLADO, F. de P.: O.C., p. 95.

(133) BYRNE, W.P.: O.C., p. 312.

(134) DORÉ, G. y DAVILLIER, CH.: O.C., p. 30.

(135) DORÉ, G. y DAVILLIER, CH.: O.C., p. 30.

(En estas ruinas) que sirven de base a los edificios, así como en las casas particulares de esta ciudad y en casi todas las construcciones que son árabes..., en sus murallas se reconoce el carácter de una época poderosa, de un pueblo fuerte, pero también el marchamo de la decadencia, que también ha repercutido en las costumbres" (136).

En el mismo sentido Blackburn considera

"...los edificios públicos y las iglesias, que presentan evidencia de pobreza y olvido, como no interesantes arquitectónicamente" (137).

Gautier, por último, encuentra en la del Puente

"...una hermosa puerta, a modo de arco de triunfo de tipo jónico, y de tan buen estilo que se la podía haber tomado por romana, ofreciendo una majestuosa entrada a la ciudad de los califas, aunque yo hubiera preferido —dice— uno de esos arcos árabes abiertos en forma de corazón como los que se ven en Granada" (138).

Sébase, no obstante, que los viajeros prestan alguna atención a los siguientes monumentos, además de los ya citados: al Alcázar Viejo y Nuevo, al hospital del Cardenal Salazar

"...con una pequeña mezquita transformada en capilla tiempo ha... El jardín de este hospital aún se designa bajo el nombre de Huerto del Rey Almanzor, aunque el susodicho rey haya muerto hace ya diez siglos" (139)

S. Nicolás con su "minarete", la casa de Expósitos con una "encantadora fachada" o "lindo portal", la plazuela del Indiano, Santa Marina, el Seminario, el convento de Santa Victoria, el "magnífico casino", sin duda el Círculo de la Amistad, pues se alude al salón de retratos" (140), etc. Todos ellos, repito, percibidos en general bajo el prisma del arabismo y dejando claro que "aparte la mezquita, los antiguos monumentos de Córdoba son poco numerosos" (141).

Sin duda alguna este pie forzado les impide a los románticos, como también les ocurrió a los ilustrados, valorar con objetividad el patrimonio monumental y artístico de Córdoba.

(136) BEGIN, E.: O.C., p. 446.

(137) BLACKBURN, H.: O.C., p. 138.

(138) GAUTIER, T.: O.C., p. 272.

(139) DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: O.C., p. 29.

(140) AMICIS, E. de: O.C., p. 252.

(141) DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: O.C., p. 28.

Los alrededores de Córdoba

También la percepción de ellos está fuertemente influida por la contraposición omnipresente del esplendor árabe versus la decadencia actual. Y en el mismo sentido hay que interpretar la frecuente y elogiosa evocación histórica que hacen de la mítica Medina Azahara —y en algunos casos de Medina Zahira y palacio de Rizzafah—, de los que con decepción constatan que sólo existe el recuerdo:

"La ciudad de Az-Zarah ocupaba el lugar conocido hoy por el nombre de Córdoba la Vieja. Fue destruida por completo al principio del siglo XI, lo mismo que la Rizzafah. De esta última residencia que estaba situada a dos leguas de Córdoba, sólo ha quedado el nombre. Es hoy San Francisco de la Arrizafa. Quisimos visitar los lugares donde se alzaban antaño aquellas moradas encantadoras, pero fue inútil que buscáramos algunos vestigios. No existen más huellas que las que quedan de las deliciosas villas que embellecieron la campiña romana y los alrededores de Nápoles, y podemos decir como un poeta latino que las mismas ruinas han perecido" (142).

Es bien significativo de imágenes perceptivas contrapuestas y del diferente interés temático que los viajeros ilustrados visitaran y ensalzaran la Alameda del Obispo, realización y experimento agronómico reciente, y que los románticos no sólo no aludirán a ella sino que derivarán dicho interés a palacios árabes de los que ni las ruinas localizan. Ambos, no obstante, coinciden en la alta valoración del entorno septentrional mariano de Córdoba.

En concreto para los viajeros románticos la Sierra Morena, como generalizadamente ponen en evidencia al entrar en Andalucía por Despeñaperros, presenta la extraordinaria atracción de su paisaje geológico y de vegetación exuberante, que tanta importancia tiene en su esquema perceptivo, y el hálito misterioso del bandolerismo, aunque nunca vieran bandido alguno. Todo esto, *mutatis mutandis*, creen encontrarlo también en la Sierra Morena cercana a Córdoba hasta las Ermitas. Incluso es ilustrativo de ello —creo— que Mérimée en Carmen, aunque con escueta sobriedad y concibiendo el paisaje sólo como teatro de los acontecimientos argumentales, lleve a morir a su protagonista a las entrañas de Sierra Morena pero cerca de Córdoba —lo que se tarda en caminar a caballo desde las dos de la madrugada al alba—, en la proximidad de una ermita y una venta, "en una garganta solitaria", y siendo enterrada en el bosque como la gitana "había dicho a menudo" (143). En suma, nuestros viajeros van a encontrar en el Brillante, Ermitas y alrededores un paisaje físico majestuoso y sin igual, una vegetación lujuriente que contrasta con la aridez de la Campiña, y un paisaje agrario

(142) DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: O.C., pp. 30-41, y también en el mismo sentido, entre otros, MACKENZIE, A. S.: O.C., p. 279 y ROBERTS, R.: O.C., pp. 341-342.

(143) MERIMEE, P.: O.C., pp. 76-80.

—las huertas del Brillante— amable y atrayente igualmente. Veamos ejemplos, creo que excelentes de estos aspectos perceptivos.

Roberts desde la cima de las colinas que hay detrás de la ciudad describe así el panorama:

"La estribación más baja de Sierra Morena se levantaba detrás de nosotros, hendida por vallecitos verdes y con laderas soleadas; mientras aquí y allá en escondrijos vallados, de un atractivo más que ordinario, se erguían ermitas, de las que hay multitud en la montaña. Delante de nosotros se extiende Córdoba, reluciente y con una blancura casi nívea, con el perfil roto por torres, monasterios e iglesias, mientras que en el centro de los tejados, que, en el Sur de España, constituyen un rasgo característico del panorama de las ciudades, mecía su grácil copa una única palmera. Hacia el Sur divisamos el destello del Guadalquivir, que rebosante con las últimas avenidas, canalizaba sus turbias aguas bajo el puente romano. El aire tenía toda esa transparencia límpida que precede y sigue a la lluvia, y un viejo y hermoso castillo, en la distancia... parecía que se aproximaba dentro del límite de un moderado paseo" (144).

Pero más espectacular aún es el paisaje que se divisa desde el Sillón del Obispo en las Ermitas, que describen varios viajeros y entre ellos Mackenzie, éste con una absoluta precisión geográfica, incluso terminológica:

"El panorama era realmente bello; la hora para contemplarlo, la más adecuada, pues el sol había ya terminado su carrera y estaba presto para ocultarse —sin nubes y brillante— tras la Sierra Morena. El campo circundante, realmente, arriscado y salvaje; los precipicios y arroyuelos, las rocas y árboles semisalvajes se disponían en total confusión; pero abajo el paisaje era de lo más amable, pues la Campiña se extendía en una suave sucesión de lomas y vallonadas, en su totalidad cubiertas por trigales, viñedos y huertos de frutales. El Guadalquivir discurría noblemente entre los blancos edificios de Córdoba, oculto ocasionalmente en sus menadros, cuando bordeaba una loma, y emergiendo de nuevo en una sucesión de estanques cristalinos, que servían como espejos a los rayos del sol. El curso del río podía, no obstante, ser constantemente detectado por los árboles que lo bordeaban y por una amplia orilla de césped en sus riberas, esmaltada por abundante ganado. En la distancia se levantaban las encumbradas Sierras de Ronda y Nevada, la última mezclando su cima nivosa con las nubes" (145).

Respecto a la vegetación, se exalta por los viajeros, tanto la natural de la Sierra como la artificial de jardines y huertas. De esta última, el autor antes citado encuentra el cénit en el jardín de las Ermitas donde

"...la vegetación no puede ser más lujurante, teniendo plantas y flores una riqueza de color y de perfume que difícilmente pueden ser sobrepasados".

(144) ROBERTS, R.: O.C., p. 345.

(145) MACKENZIE, A.S.: O.C., p. 272.

[...]

"El jardín estaba acondicionado en terrazas, dispuestas sin prestar atención a la simetría, y allí donde las rocas dejaban un espacio vacante se levantaban para prevenir el suelo de la erosión. Estas paratas estaban ocupadas por plantaciones de guisantes, lechugas y coliflores, intercaladas con árboles frutales, que parecían prosperar admirablemente, mientras que la viña ocupaba los pequeños ángulos soleados, formados por la conjunción de rocas, entre las que aquella colgaba en festones. Pero la ornamentación no estaba totalmente proscrita de este pequeño retiro. Había por todas partes macizos de las más hermosas flores, divididas en arriates y trepando a lo largo de las rocas; de forma que aquí los perfumes del jardín se añadían a los aromas salvajes de la montaña. Las rosas blancas, naranjas y carmesíes formaban, no obstante, la principal atracción del lugar, pues tenían una inigualable riqueza de olor y color" (146).

Testimonio éste que no es único, pues Byrne habla de los jardines de la sierra adornados con

"...rosales, mirtos y adelfas y donde la airosa palmera ondea su follaje plumoso sobre estas mansiones agrestemente situadas, mientras que los bosquetes de naranjos y limoneros exhalan el perfume del clima amable y atractivo de la sonriente Andalucía.

Y de las Ermitas como de "un paraíso entre su bello paisaje y rica vegetación. La tierra de las flores es ésta, y nos sentimos casi extasiados al ver la profusión de rosas de fuerte color e intensa fragancia que crecen desatendidas y —recurriendo a una expresión más poética que filosófica—, que derrochan su perfume en esta especie de desierto" (147).

También son dignas de glosarse, por su riqueza, las noticias de algunos viajeros sobre el paisaje agrario y viviendas secundarias, como se diría hoy, de la falda de nuestra Sierra.

"La riqueza y frescura —dice Latour— de ésta de Córdoba la hicieron célebre en Andalucía; hay muchos placenteros lugares llenos de sombra, muy agradables para huir de los ardores del calor. Cada revuelta de la montaña esconde una villa. La primera en la que se detuvieron los augustos viajeros (los duques de Montpensier) fue la del duque de Almodóvar, vivienda encantadora con un jardín lleno de agua que mana por todas partes y un laberinto de árboles en flor que conducía a una explanada de naranjos en los que se podían contar más frutos que hojas...

De esta primera casa se sube a otra más alta situada en la montaña. Pero para llegar allí hay que dejar los carruajes y recurrir a los caballos, a los asnos y a las mulas. Por estos senderos accidentados, el paseo resulta más pintoresco y alegre. Esta casa era la de un grande de España, el marqués de Benamejí. Desde la altura donde está situada la vista abarca Córdoba y el curso del Guadalquivir: es una visión de encantamiento.

(146) MACKENZIE, A.S.: O.C., pp. 270-272.

(147) BYRNE, W.P.: O.C., p. 317.

Otra villa un poco más arriba, la de don José Barbero, esperaba a los viajeros" (148).

Estas noticias son plenamente coincidentes con las de Byrne que asevera que Sierra Morena

"...está tachonada de villas o cortijos, donde la nobleza descansa durante la estación de buen tiempo. En sus mansiones hay más lujo en el mobiliario y confort que en cualquiera de los palacios campestres del Rey, y sus habitantes gozan de muy agradable estancia cuando las ocupan" (149).

Ya por último, he aquí una precisa descripción, desde el punto de vista agrario, de una huerta del Brillante, perteneciente al convento de San Francisco y ofrecida por Mackenzie:

"La totalidad de la huerta se ha acondicionado en una suave ladera, y cuya parte más alta cerca de la casa, era un largo reservorio de obra, mantenido siempre lleno de agua mediante un arroyo perenne, que discurre a lo largo de la pared exterior, y que presta así su tributo de fertilidad a muchas huertas y jardines en su camino hacia el Guadalquivir. Desde el estanque el agua es enviada a placer a cualquier parte del campo, por pequeñas acequias trazadas en la superficie del terreno, y así el inconveniente de la sequía está siempre evitado. El cultivo, de esta forma provisto de los medios de fertilidad, se estructura en parcelas de hortalizas entremezcladas con ejemplares de palmeras datileras, higueras, olivos, naranjos, limoneros, almendros, melocotoneros, ciruelos y granados. Los limoneros y naranjos aún tenían sus frutos y ellos, así como muchos otros árboles, estaban cubiertos de hojas y flores en el esplendor de sus adornos primaverales" (150).

Las noticias de los viajeros citados sobre los alrededores septentrionales de Córdoba, las considero de tal precisión que permiten reconstruir el paisaje y sus elementos más importantes en el siglo XIX, a saber: las favorables condiciones microclimáticas de la Sierra; los arroyos y veneros que favorecen el poblamiento y la agricultura de regadío; la alta densidad de aquél en las formas de "villas", "cortijos" y "huertas" que incluso se adentraban en zonas difícilmente accesibles; el carácter de viviendas secundarias de ellas, suntuosas a veces; la triple condición —nobleza, burguesía e instituciones religiosas— de los tradicionales propietarios de estos pagos; el paisaje agrario de regadío en forma de huertas que se ha desarrollado secularmente aquí; la alta calidad paisajística y exuberante vegetación, natural o cultivada. Por todo ello este piedemonte cordobés, como dice Latour, era "célebre en Andalucía" y constituía ya entonces una importante zona rururbana de Córdoba, propiciando sus permanentes y favorables condicionamientos físicos y paisajísticos la posterior transformación en el atrayente cinturón periurbano que hoy conocemos.

(148) LATOUR, A. de: O.C., p. 35.

(149) BYRNE, W.P.: O.C., p. 317.

(150) MACKENZIE, A.S.: O.C., p. 274.

CONCLUSIONES SOBRE LA IMAGEN DE CORDOBA

Para hacer una reflexión teórica —geográfica y urbanística— sobre la imagen de Córdoba según los viajeros de los siglos XVIII y XIX que precede, las ideas bien conocidas de Lynch (151) nos pueden ser de mucha utilidad, pese a que el autor las aplica a un contexto espacial —el de la ciudades norteamericanas— muy distinto del nuestro, y según opiniones —las de los "ciudadanos" de hoy— igualmente diferentes.

La primera conclusión sobre esta imagen de Córdoba digna de resaltarse, pese a su elementalidad, es que existe dicha imagen, ya que por motivos geográficos e históricos nuestra ciudad sistemáticamente atrajo la atención de los viajeros. Dicha imagen presenta elementos de continuidad —como, por ejemplo, el de la decadencia cordobesa y su correlato de consecuencias— y otros de divergencia —cual puede ser el de la distinta valoración de nuestro urbanismo—. Esto último, no obstante, es perfectamente explicable por dos razones:

Porque como una obra arquitectónica también la ciudad es una construcción en el espacio pero

"...construcción a vasta escala de una cosa que sólo se percibe en el curso de largos lapsos... (y que) en diferentes ocasiones y para distintas personas, las secuencias se invierten, se interrumpen, son abandonadas, se interfieren. A la ciudad se la ve con diferentes luces en las diferentes épocas".

Porque igualmente "las imágenes ambientales son el resultado de un proceso bilateral entre el observador y su medio ambiente, (que) sugiere distinciones y relaciones, y el observador —con gran adaptabilidad y a la luz de sus propios objetivos—, escoge, organiza y dota de significado lo que ve... De este modo, la imagen de una realidad determinada puede variar en forma considerable entre diversos observadores" (152).

(151) LYNCH, K.: *La imagen de la ciudad*. Barcelona, G. Gili S.A., 2ª ed., 1985, 227 pp.

(152) LYNCH, K.: *O.C.*, pp. 9 y 15.

También la imagen de Córdoba es nítida y eficaz —creo que tanto para los viajeros como para sus propios habitantes— lo que reporta una serie de indudables ventajas:

"Puede proporcionar la materia prima para los símbolos y recuerdos colectivos de comunicación del grupo".

[...]

"Confiere a su poseedor una fuerte sensación de seguridad emotiva".

[...]

"Un medio ambiente característico y legible no brinda únicamente seguridad sino que también realza la profundidad y la intensidad potenciales de la experiencia humana" (153).

Esta nitidez de la imagen de Córdoba parece que en suma se resuelve en la existencia respecto a ella de una "imagen pública" o "colectiva", que no es sino representación mental compartida por buena parte de los viajeros —lo que creo haber probado sin forzar los textos— y que también considero se transmite hasta hoy a buena parte de los cordobeses (sobre todo, la imagen romántica). A la formación de dicha imagen han podido contribuir no sólo los elementos físicos de nuestro conjunto urbano, sino también su esplendorosa historia, sus creaciones artísticas, la resonancia de su nombre mismo. Estas ciudades, como Córdoba, con historia y abolengo, contrastan con tantas otras ciudades modernas, en las que "la carencia de elementos físicos que amarren con el pasado" engendran en el observador y sus habitantes, desconcertados por la vorágine de los cambios, rasgos perturbadores a efectos de imagen: "amargura", "nostalgia", "resentimiento". Evidentemente ello es aún más patente en una época, como los siglos XVIII y XIX, en que Córdoba carece de dinamismo urbano y la norma es el estancamiento (154).

Pero no todo son ventajas y la imagen firme de Córdoba también presenta riesgos y, sobre todo, uno fundamental que apunta Lynch:

"Un medio ambiente que está ordenado en forma detallada y definitiva puede impedir que aparezcan nuevas pautas de actividad. Un paisaje en el que cada una de las rocas narra una historia puede hacer difícil la creación de nuevas historias... lo que buscamos no es un orden definitivo sino abierto a las posibilidades, capaz de un ininterrumpido desarrollo ulterior" (155).

La persistente decadencia de Córdoba es expresión de esta ausencia de "nuevas pautas de actividad" e incluso considero que "el paisaje en que cada una de las rocas narra una historia" es una simplificación falaz: los viajeros y turistas, los cordobeses

(153) LYNCH, K.: O.C., p. 13.

(154) LYNCH, K.: O.C., pp. 16, 60 y 62.

(155) LYNCH, K.: O.C., p. 15.

y sus responsables ciudadanos se delectan en lo que tiene historia y es típico, a cambio de preterir tantos segmentos urbanos anónimos y tanta miseria disimulada bajo el blanco de la cal, que son la segregación ineluctable de una ciudad económicamente decadente y postrada.

Por ello conviene prestar atención no sólo a los encomios sobre Córdoba de los románticos sino también a los crudos denuestos de los ilustrados, porque éstos se apoyan en la evidencia de los datos que ponen al descubierto con su eficaz escalpelo y en aquel principio, no sin excepciones, pero en general válido, de que "un medio urbano bello y deleitable es una rareza y algunos dirían que incluso un imposible". La armonía en la ciudad tan sólo es detectable por quienes la "pueden haber entrevisto fugazmente como turistas o como fugados viajeros durante las vacaciones" (156). Aunque hay que reconocer que en el siglo XIX también ocurrieron hechos objetivos, que explican la actitud positiva de los románticos respecto al urbanismo cordobés: la comparación por contraste con el urbanismo europeo fruto de la revolución industrial y el crecimiento demográfico galopante de sus ciudades que no es ni bello ni cómodo. Esta revalorización empieza precisamente entonces, sin solución de continuidad llega hasta nuestros días, y constituye una importantísima aportación de los viajeros románticos.

¿Qué elementos a nivel teórico constituyen la imagen de una ciudad? ¿Cómo ellos se concretan en el caso de Córdoba? Centrando nuestra atención, a fuer de geógrafos, en los elementos físicos —aunque existen, no obstante otros de diverso carácter— y según el análisis de Lynch, éstos serían los que siguen, que en general aparecen con precisión en nuestra imagen de Córdoba:

1.º La "vista amplia" o "panorámica", como "elemento fundamental del goce de la ciudad" es resaltada por los viajeros, y el piedemonte septentrional marriánico, tan ensalzado, constituye su principal punto de mira.

2.º Los rasgos naturales de la ciudad y sus alrededores —vegetación, agua, luz, sol— constituyen otro elemento "señalado a menudo con atención y placer", e ingrediente básico de la imagen que nos legan.

3.º Componente decisivo de ésta —glosado hasta la saciedad por los románticos— es cómo "el escenario físico simboliza el paso del tiempo", lo que tiñe los relatos de historicismo y facilita el desarrollo de la teoría de la decadencia de Córdoba.

4.º El sistema de sendas, que tan importante en general es para la imagen de la ciudad, "o conductos que sigue el observador normalmente, ocasionalmente o po-

tencialmente", no está claramente definido en Córdoba. Su callejero laberíntico con sensación de caos, lo impide. Pero, podríamos decir, que en esta negación del sistema de sendas, por su singularidad respecto a otros tipos de urbanismo, estriba precisamente uno de sus atractivos.

5.º A la claridad de la imagen de Córdoba contribuye sobremanera la nitidez de sus **bordes**, pues al ser en los siglos XVIII y XIX ciudad completamente intramuros, aquéllos se corresponden nítidamente con sus murallas, que tantas observaciones merecieron.

6.º En la imagen viajera de Córdoba se detecta una ausencia casi total de observaciones respecto a la caracterización de sus **barrios**. La fugacidad general de las visitas de los viajeros no permite entrar en estos detalles, más propios de imágenes gestadas por los propios habitantes. Aunque esta explicación no debe hacer olvidar que este silencio constituye una de las principales limitaciones de la imagen viajera, que por ello también tiende a ser generalizadora y tópica, por lo que no debía haber impregnado tanto la propia imagen de los cordobeses.

7.º Los **nodos**, "puntos estratégicos de una ciudad" o "focos intensivos de los que parte o a los que se encamina el observador", al ser "típicamente convergencias de sendas o acontecimientos en el recorrido", presentan para su identificación en un callejero laberíntico las mismas dificultades que aquéllas. No obstante son nodos bien claros según los viajeros el Patio de los Naranjos-Mezquita, la Corredera, el Paseo del Gran Capitán a finales del siglo XIX. Las Tendillas, posteriormente nodo por antonomasia de la ciudad, aún no está configurado.

8.º Hay en Córdoba, por último, un **mojón** o **hito** que es punto de referencia incontrastable de la ciudad: la Mezquita. Ella es en buena medida causa de la imagen vigorosa de Córdoba, punto clave de su "imaginabilidad" a escala mundial, como la Alhambra para Granada, como la plaza de San Marcos para Venecia, como el Duomo para Florencia, como el Pan de Azúcar para Río de Janeiro, como el volcán Misti para Arequipa... Su mérito artístico justifica esta apreciación, que se ve realizada porque, al ser Córdoba ciudad modesta, difícilmente podía ofrecer otros puntos de referencia similares. Pero si la Mezquita ha hecho célebre a esta ciudad en el mundo también ha coadyuvado a que los viajeros desprecien otros elementos de su patrimonio artístico que, por contraste, presentan como insignificantes y sin valor (157).

En conclusión, pues, y según todo lo dicho, los viajeros diseñan para Córdoba una imagen nítida y vigorosa, que, en buena medida, gestaron y que ha llegado hasta el momento actual. Su análisis y caracterización no los entiendo como un ejercicio

inútil y sin importancia práctica, porque esta imagen es la que desde entonces se vende a efectos turísticos y la que confiere seguridad y señas de identidad a sus habitantes. El Ayuntamiento cordobés del siglo XIX era consciente de la importancia de esta imagen y por ello en muchos de sus acuerdos urbanísticos es frecuente que rece la apostilla: "que mejoraría la imagen que los viajeros se hagan de nuestra ciudad". En todo caso, esa imagen es incompleta, como se ha repetido, y tengo la impresión también que generalizadora, en el sentido de que en muchos de sus elementos específicos puede convenir a tantas otras ciudades medias españolas y, sobre todo, andaluzas, igualmente decadentes, con urbanismo similar de impronta islámica, refulgentes de cal blanca. Extremo este, no obstante, que sólo pueden aclarar estudios para ellas similares al que precede sobre Córdoba.

Córdoba, 12 de octubre de 1989



APENDICE

Textos sobre el urbanismo cordobés del siglo XIX.

"La extensión de Córdoba es la misma ahora que en la época de su mayor prosperidad, aunque sólo tiene poco más de treinta mil habitantes. Las murallas son las mismas y las casas han disminuido y se han distribuido más cómodamente de forma que la mayor parte de ellas tienen una parcela libre, que es utilizada como huerta. Aquí se encuentran *frutos y flores tropicales* que florecen sin protección al aire libre y que viven en compañía y armonía con las producciones de los climas templados. El melocotonero, peral y manzano, el naranjo, limonero, higuera e incluso el platanero, todos ellos alcanzan una igual perfección. Pero el rasgo más singular de los huertos de Córdoba es la elevada *palmera* que desde lejos se ve coronando árboles, paredes y tejados. La palmera es, realmente, de las primeras cosas que el viajero descubre cuando se aproxima a Córdoba, y por un momento él se imagina que va a entrar en una ciudad africana o asiática".

(Sigue una extensa descripción sobre los caracteres botánicos, cultivo, etc., de la palmera datilera y el naranjo).

[...]

"Las *calle*s de Córdoba son casi todas cortas, estrechas y muy ruinosas, como es el caso de todas las ciudades donde estuvieron establecidos los Arabes durante un largo período; como ellos no usaban vehículos de ruedas, y procediendo de un clima suave, construyeron sus calles estrechas, ya que los aleros de los tejados, podían con eficiencia protegerlas de los rayos del sol. Ellas, no obstante, se mantienen completamente limpias y las *casas* se enjalbegan primorosamente de blanco, cada una de ellas con ventanas enrejadas y sus zaguanes, y encima un *balcón* saliente, adornado con narcisos, claveles y rosas, y de vez en cuando un pequeño limonero, entre cuyo follaje

con frecuencia se pueden vislumbrar los ojos negros y las mejillas morenas de una beldad, tan excelsa como la fruta madura que pende de él".

MACKENZIE, S.A.: *A year in Spain by a young American*, Boston, Hilliard, Gray, Little and Wilkins, 1829, pp. 262-4.

"Córdoba tiene un aspecto más africano que cualquier otra población de Andalucía; sus calles, mejor dicho, sus *callejuelas*, cuyo pavimento desigual, tumultuoso, parece hecho de un torrente en seco; sembradas de paja que se cae de la carga de los borricos *no tienen nada que recuerde los usos y costumbres de Europa*. Allí se camina por entre interminables paredes color de yeso, con raras ventanas cruzadas de rejas y barrotes... *Si pudieran volver los moros no tendrían que hacer gran cosa para instalarse nuevamente...* La costumbre generalizada del *enjalbegado con cal* da un tinte uniforme a todos los monumentos, llena los huecos de la arquitectura, borra sus labrados y encajes y no permite descubrir su edad. Gracias a la cal, el muro hecho hace cien años no puede distinguirse del terminado ayer".

GAUTIER, T.: *Viaje por España*. Prólogo de M. Vázquez Montalbán y traducción de Jaime Pomar, Barcelona, Editorial Taifa, 1985, pp. 272-3. (1ª ed. francesa 1845).

"A mi vuelta de la Mezquita me perdí por las calles de Córdoba. Cuando se quiere conocer bien una ciudad, es lo mejor que puede ocurrirnos. No habría conocido Córdoba si no hubiese tenido que buscar mi camino en el *laberinto* de sus calles. Confieso que mientras más perdido me hallaba, más lamentaba la posibilidad de volver a encontrar ese camino. Aquellas *casas blancas* estaban llenas para mí de agradables misterios que las rejas pintadas de sus ventanas apenas ocultaban. Sus antiguos dueños hace mucho tiempo que emprendieron la ruta de África llevando consigo a las bellas cautivas de las que tan celosos se sentían; pero la transparencia de sus dulces miradas quedó en los ojos de los nuevos habitantes de sus harenes. A través de las puertas entreabiertas las veía soñadoras, sentadas en los *patios de mármol*, al murmullo de la *f fuente* o desliziéndose para atender los quehaceres domésticos, entre los *naranjos* cargados de sus frutos de oro. De vez en cuando, una *palmera* sobrepasaba el muro de un jardín; por intervalos una voz dulce, aunque un poco aguda, se elevaba en el silencio de aquellas calles medio desiertas y llenaba de un encanto melancólico todas las imágenes dispersas de la *vida oriental*.

Esta poesía, de una modalidad nueva, de una civilización vencida, pero en la que *algunas huellas han resisitido al tiempo* y a costumbres más duras, la encontraba en Córdoba hasta en los *hospitales*. No existe aquí... como en nuestro país una limpieza extraordinaria... Pero el asilo, como el palacio del rico, gozan del *mismo sol que los inunda* y caliente con su luz; sus fuentes de mármol (no) traen en sus aguas los gérmenes de la enfermedad y sus naranjos disimulan con su perfume los miasmas impuros".

LATOUR, A. de: *Viaje por Andalucía de Antonio de Latour (1848)*. Traducido por Ana M^a Custodio, Valencia, Editorial Castalia, 1954, pág. 24 (*Etudes sur l'Espagne*, 1855).

"Córdoba es una ciudad decadente, donde sin embargo *me gustaría vivir*. Sin duda el ruido ensordecedor de la industria moderna, la agitación fabril del comercio y de los negocios que animan nuestras populosas ciudades, son consecuencia de un progreso real, un signo de riqueza y vida. Pero yo no encuentro menos atrayentes estas *villas silenciosas*, medio dormidas en medio de los monumentos de su grandeza pasada. El alma se recoge más fácilmente; nada nos distrae de la meditación de los recuerdos históricos, de la contemplación de las obras de arte. Hemos experimentado en Córdoba un *clima suave*. Sus días son radiantes y sus noches serenas. *Los Moros la han abandonado ayer*.

He aquí sus *calles estrechas*, pero pavimentadas y limpias; sus casas blancas con rejas verdes y en el centro de las casas construidas en cuadrado, estos *patios*, rodeados a veces de galerías en arcadas. Este es el salón, el parterre, el paraíso terrestre, pues en comparación no valen nada las habitaciones más suntuosas de los palacios del Norte. *Los plataneros* de hojas inmensas, los *naranjos*, los *limoneros*, los *jardines* los llenan con sus suaves emanaciones y los decoran con sus flores y frutos; ellos expanden su frescor delicioso, aumentado frecuentemente por el murmullo inagotable de una fuente. Un poeta lo hace notar: Dios no ha colocado a nuestros primeros padres en un palacio, sino que todos los pueblos, como el Génesis, han ubicado la felicidad en un jardín.

En medio de los ardores del verano, cuando el turista camina con dificultad tras la búsqueda de vestigios romanos y de ruinas moras, su frente sudorosa recibe al pasar por el umbral de estas moradas encantadoras los efluvios olorosos y refrescantes de los patios misteriosos. Era para nosotros una tentación —a costa de una violación de domicilio— penetrar en ellas para gozar de su frescor".

GODARD, M.: *L'Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*, Tours, Ad. et Cie., Imprimeurs Libraires, 1862, pp. 195-6.

"Las *casas* son blancas y de tejado plano, de apariencia agradable y fragante; pueden verse *jardines de naranjos* y *patios* adornados con *exóticas plantas*, por lo que su aspecto es *completamente Oriental*. Hay algunas *palmeras* en la ciudad, y en la distancia olivares y fértiles llanuras, a través de las cuales se divisan los meandros del río Guadalquivir".

[...]

"Al abandonar la Fonda (Rizzi) nos adentramos en una serie de *estrechas callejas*, tan estrechas que podemos tocar a la vez ambos lados. Las paredes de las casas son blancas con pequeñas ventanas enrejadas que dan a la calle. En las ciudades puramente Orientales el hechizo de estas pequeñas ventanas es que con frecuencia son marco para un par de magníficos ojos que dirigen su mirada a los transeúntes; muchas de estas ventanas se vieron así iluminadas, pero los tiempos tristemente han cambiado.

Pero no hay tiempo para el ensueño: una reata de burros cargados con serones llenos de mercancías y frutos de todas clases, gallinas vivas que cuelgan hacia abajo, una docena de ellas atadas juntas por las patas, a un lado, y dos o tres corderos al otro, atravesados sobre el lomo del burro como un saco, la reata conducida por arrieros con fajas brillantes, polainas caladas y sombreros de fieltro; seguidos por aguadores, hombres y mujeres, nos obliga a retirarnos al portal más próximo para dejarlos pasar".

BLACKBURN, H.: *Travelling in Spain in the present day*, London, Sampson Low Son and Marston, 1866, pp. 138-9.

"Córdoba es una *ciudad verdaderamente mora*. Sus *calle*s son en extremo estrechas, de forma que de pie en el centro de ellas y con los brazos extendidos, casi se pueden tocar sus paredes con la punta de los dedos. Ellas son *tortuosas y serpenteantes*, constituyendo un laberinto que en cada momento hay que resolver... no hay una sola sin una docena de revueltas. Al recorrer este *laberinto* —como si tratase del mar sin caminos o del desierto sin senderos— hay que orientarse en el día por el sol y en la noche por las estrellas... A primera vista, Córdoba habría que considerarla como una colección de prisiones, pues sus *casas*, como las de Pompeya o *no tienen ventanas* en el piso bajo, o están defendidas por fuertes rejas de hierro. Pero una ojeada al interior muestra que aún hay en Córdoba *mucho esplendor y alguna opulencia*. La puerta exterior es de barrotes de hierro y dentro hay un *pórtico de mármol*, en torno a un cuadrado central, también pavimentado de mármol, adornado con *flores tropicales*, expuesto al sol, refrescado con fuentes y rodeado por elegantes columnas que soportan una galería que da acceso a todas las habitaciones de la casa".

WYLIE, J. A.: *Daybreak in Spain, or, sketches of Spain and its new reformation. A tour of two months*, London and New York, Cassel, Petter and Galpin, 1870, pp. 243-4.

"La *calle* es estrecha; las *casas* pequeñas como las cabañas que se elevan sobre las colinas artificiales de los jardines, son casi todas de un solo piso, con ventanas a poca distancia del suelo, techo que se alcanzaría con el bastón y paredes resplandecientes de blancura. La *calle* da la vuelta; miro; no veo a nadie, no oigo ni un paso, ni el menor rumor... *Wie miew* en oua cañe; *casitas* blancas, ventanas cerradas, soledad, silencio.

Avanzo, con todo; la calle tan estrecha que no podría pasar por ella un coche, *serpentea*, y a derecha e izquierda se ven otras calles desiertas, otras casas blancas, otras ventanas cerradas. Llego a una pequeña plaza; todo está cerrado, nadie aparece. Entonces empieza a penetrar en mi corazón una sensación de vaga melancolía como nunca la había experimentado... Por encima de muchas azoteas se elevan las palmeras de los jardines de las casas... Todas las calles se parecen; las casas no tienen más allá de tres o cuatro ventanas; ni una mancha, ni grieta en las paredes, que son limpias y lisas como una hoja de papel...

¡Un patio! ¿Cómo describir un patio? No es un patio propiamente tal, ni un jardín, ni una sala: es a la vez estas tres cosas. Entre el patio y la calle hay un vestíbulo. A los cuatro lados del patio se elevan cuatro columnas que sostienen a la altura del primer piso una especie de galería cerrada en grandes vidrieras; sobre la galería se extiende un toldo que da al patio. El vestíbulo se halla embaldosado de mármol y la puerta, con columnas que rematan en bajorrelieves cerrada por un ligero enverjado de hierro de bonito dibujo. En el fondo del patio, frente a la puerta, se levanta una estatua; en el centro una fuente y alrededor sillas, mesas de labor, cuadros y macetas de flores. Corrí a otra puerta: otro patio, paredes cubiertas de yedra, y un círculo de nichos con estatuas, bustos y urnas. Miré por una tercera puerta: un patio con paredes adornadas de mosaicos, una palmera en el centro y alrededor una masa compacta de flores. Una cuarta puerta: después del patio otro vestíbulo, después de éste un segundo patio, en el cual se ven atrios y estos jardines son tan hermosos y limpios que se podría pasar la mano sin ensuciársela por las paredes y el suelo: y frescos, perfumados e iluminados con una luz incierta y vaga que aumenta la belleza y el misterio...

¡Ah! ¡No es esto un sueño! ¡Madrid, Italia, Europa están lejos de aquí! Aquí se vive otra vida, se respira el aire de otro mundo: ¡Estoy en Oriente!"

AMICIS, E. de: *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I.* Traducción castellana de Cátulo Arroita, Barcelona, Biblioteca Manccí, 1895, pp. 232-4 (Edición Italiana, 1873).

LIBROS DE VIAJE UTILIZADOS

- AMICIS, E., de: *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I.* Traducción de Cátulo Arroita. Barcelona, Biblioteca Mancci, 1985, 376 pp. (1ª ed. 1873).
- ANDERSEN, H. Ch: *Viaje por España.* Epílogo y notas de Marisa Rey. Madrid, Alianza Editorial, 1988, 264 pp. (1ª ed. 1863).
- ANONIMO: *Estado político, histórico y moral del Reino de España*, en GARCIA MERCADAL, J.: *Viajes de Extranjeros por España y Portugal.* T. III, Siglo XVIII. Recopilación, traducción, prólogo y notas por..., Aguilar, 1962, pp. 515-581.
- BARON DE BOURGOING: *Un paseo por España durante la revolución francesa*, en GARCIA MERDADAL, J.: O.C., pp. 935-1075 (1ª ed. 1788).
- BAZIN, R.: *Terre d'Espagne.* Traducción de "Córdoba. La Mezquita y el puente antiguo" en COBOS CASTRO, E.: "Carlos de Batlle y su galería de celebridades francesas". *Alfinge*, n.º 4, 1986, pp. 60-62 (1ª ed. 1895).
- BEGIN, E.: *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal.* Paris, Belin-Leprieur et Morizot, Editeurs, 1852, 556 pp.
- BLACKBURN, H.: *Travelling in Spain in the present day.* London, Sampson Low Son and Marston, 1866, 248 pp.
- BORROW, G.: *La Biblia en España.* Introducción, notas y traducción de M. Azaña. Madrid, Alianza Editorial, 1970, 628 pp. (1ª ed. 1842).

- BORY DE SAINT-VINCENT, M.: *Guide de voyageurs en Espagne*. París, Lous Janet, 1823, 666 pp.
- BYRNE, W.P.: *Cosas de España. Illustrative of Spain and the Spaniards as they are*. London and New York, Alexander Strahan Publisher, 1866, T. II, 332 pp.
- CLARK, W.G.: *Gazpacho: or, summer months in Spain*. London, John W. Parker and Son, West Strand, 1851 (2ª ed. revis.), 269 pp.
- CUENDIAS, M. de et FERREAL, V. de: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*. París, Librairie Ethnographique, S.A., 1848, 391 pp.
- CHAMPAGNY, C. de: *Album d'un soldat pendant la campagne de'Espagne en 1823*. París, Imprimerie de Cosson, 1829, 121 pp.
- CHAPMAN, A. y BUCK, W.J.: *España Agreste*. Madrid, Talleres Prensa Española, S.A., 1963, 471 pp. (1ª ed. 1899).
- CHAPMAN, A. y BUCK, W.J.: *La España Inexplorada*. Dirección, introducción y notas de Antonio López Ontiveros; traducción de Mª Jesús Sánchez Raya y Aurora López Sánchez-Vizcaino. Sevilla. Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Patronato del Parque Nacional de Doñana, 1989, 456 pp. (1ª ed. 1910).
- CHATEAUBRIAND, F.A.: *De Paris a Jesuralén*. Traducción Manuel María Flammant. Barcelona. Laertes S.A. de Ediciones, 1982, 337 pp. (1ª ed. 1811).
- DAY, H.: *From the Pyrenées to the Pillars of Hercules. Observations on Spain, its history and its people*. New York, G.P. Putnam's Sons, 1883, 249 pp.
- DORE, G. y DAVILLIER, Ch.: *Viaje por España*. Madrid, Adalia, 1984, T. II, 470 pp. (1ª ed. 1862 a 1873).
- DUMAS, A.: *De Paris a Cádiz (Viaje por España)*. Traducción de R. Marquina. Madrid, Espasa Calpe, S.A., 1929, 4 T. en I V. (1ª ed. 1847-1848).
- FARINELLI, A.: *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*. Firenze, Academia D'Italia, T. I y II, 1942, T. III, 1946, 346 pp. + 409 pp. + 601 pp.
- FERNÁNDEZ DE MORAÍN, L.: *Obras Póstumas*. Madrid, imprenta y Estereotipia de M. Ribadeneyra, 1867, T. II, 493 pp.

- FORD, R.: *Las cosas de España*. Prólogo de Gerald Brenan. Traducción de Enrique Mesa. Madrid, Ediciones Turner, 1974, 374 pp. (1ª ed. 1846).
- FORD, R.: *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa, que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía. Reino de Sevilla*. Traducción de Jesús Pardo. Madrid. Ediciones Turner, 1980, pp. 356 (1ª ed. 1845).
- FOULCHE-DELBOSC, R.: *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. Amsterdam, Meridian Publishing Co, 1969, 349 pp. (Reimpresión íntegra de la edición París 1896).
- GAUTIER, T.: *Viaje por España*. Prólogo de M. Vázquez Montalbán y Traducción de J. Pomar. Barcelona, Edit. Taifa, 1985, 334 pp. (1ª ed. 1845).
- GODARD, L.: *L'Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*. Tours, Ad. Mame et Cie., Imprimeurs-Libraires, 1862, 348 pp.
- HARE, A.S.C.: *Wanderings in Spain*. London, Strahan and Co, 1873, 274 pp.
- IMBERT, P.L.: *L'Espagne. Splendeurs et misères. Voyage artistique et pittoresque*. Paris, E. Plou et Cie., Imprimeurs-Editeurs, 1876 (2ª ed.), 384 pp. (1ª ed. 1875).
- Itinerario descriptivo de las Provincias de España y de sus Islas y Posesiones en el Mediterráneo; con una sucinta idea de su situación geográfica, población, historia civil y natural, agricultura, comercio, industria, hombres célebres, carácter y costumbres de sus habitantes, y otras noticias que amenizan su lectura*. Traducción libre del que publicó en francés Mr. Alexandro Laborde en 1809. Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompí, 1816.
- LABORDE, A.: *Itineraire descriptif de l'Espagne et tableau elementaire des differentes branches de l'Administration et de l'industrie de ce royaume*. Paris, H. Nicolle et Lenormant, 1808, 274 pp.
- LABORDE, A.: *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*. Paris, L'Imprimerie de P. Didot L'Ainé, 1812, T. II, XLV+36 pp.
- LANTIER, E.F.: *Viaje a España del Caballero San Gervasio, oficial francés y los diversos acontecimientos de su viaje*. En GARCIA MERCADAL, J.: O. C., pp. 1077-1314.

- LATOUR, A. de: *Viaje por Andalucía de...* (1848). Traducción de Ana M^a Custodio. Valencia, Editorial Castalia, 1954, 126 pp. (1^a ed. 1855 y 1857).
- LUFFMANN, C.B.: *A Vagabond in Spain*. London, John Murray, 1895, 345 pp.
- M****: *Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras partes*. En GARCIA MERCADAL, J.: O. C., pp. 47-104. (1^a ed. 1799).
- MACKENZIE, A.S.: *A year in Spain by a young American*. Boston, Helliard, Gray, Little and Wilkins, 1829, 395 pp.
- MADRAZO, P. de: *Recuerdos y Bellezas de España. Córdoba*. Láminas de F.J. Parcerisa. Madrid, Imprenta de Repullés, 1855, 447 pp.
- MANNING, S.: *Spanish pictures drawn with pen and pencil*. London, The Religions Tract Society, 1870, 212 pp.
- MAYOR W. DALRYMPLE: *Viaje a España y a Portugal*. En GARCIA MERCADAL, H.: O. C., pp. 645-718 (1^a ed. 1777).
- MELLADO, F. de P.: *Recuerdos de un viaje por España. Quinta y Sexta Parte. Andalucía, Estremadura, Castilla la Nueva y Madrid*. Madrid. Ediciones de Arte y Costumbres, 1851, 442 pp.
- MERIMEE, P.: *Carmen y otros cuentos*. Prólogo de George Steiner. Barcelona, Editorial Bruguera, S.A., 1981, 253 pp. (1^a ed. 1845).
- PEYRON, J.F.: *Nuevo viaje en España hecho en 1772 y 1773 en el que se trata de las costumbres, del carácter, de los monumentos antiguos y modernos, del comercio, del teatro, de la legislación, de los tribunales particulares a ese Reino y de la Inquisición, con nuevos detalles sobre su estado actual y sobre un procedimiento reciente y famoso*. En GARCIA MERCADAL, J.: O. C., pp. 719-932 (1^a ed. 1780).
- POITOU, M.E.: *Voyage en Espagne*. Tours, Alfred Mame et Fils, Editeurs, 1884, 395 pp.
- PONZ, A.: *Viage de España en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse, que hayen ella*. T. XVI y T. XVII, tratan de Andalucía. Madrid Vinda de Joaquín Ibarra. 1701 y 1702, 230 y 270 pp.

- QUINET, E.: *Mis vacaciones en España*. Traducción de Manuel Nájuez de Arenas. Madrid, Ediciones "La Nave", 1931, 337 pp. (1ª ed. 1846).
- ROBERTS, R.: *An autumn tour in Spain en the year 1859*. London, Saunders Otley, and Co, 1860, 535 pp.
- SCOTT, C.R.: *Excursions in the mountains of Ronda and Granada, with characteristic sketches of the inhabitants of the south of Spain*. London, Henry Colburn, 1838, II T., 443 pp.
- SWINBURNE, H.: *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776. In which several monuments of roman and mmorish architecture are illustrated by accurate drawings taken on the spot*. London, P. Elwslly, 1779, 427 pp.
- TAYLOR, I.S.J.: *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger a Tétouan*. Paris, Librairie de Gide Fils, 1837, T. I, 171 pp.
- TOWNSEND, J.: *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Traducción de Javier Portus. Madrid, Turner, 1988, 454 pp. (1ª ed. 1791).
- WYLIE, J.A. *Daybreak in Spain: or, sketches of Spain and its new reformation. A tour of two months*. London and New York, Cassell, Petter and Galpin, 1870, 424 pp.